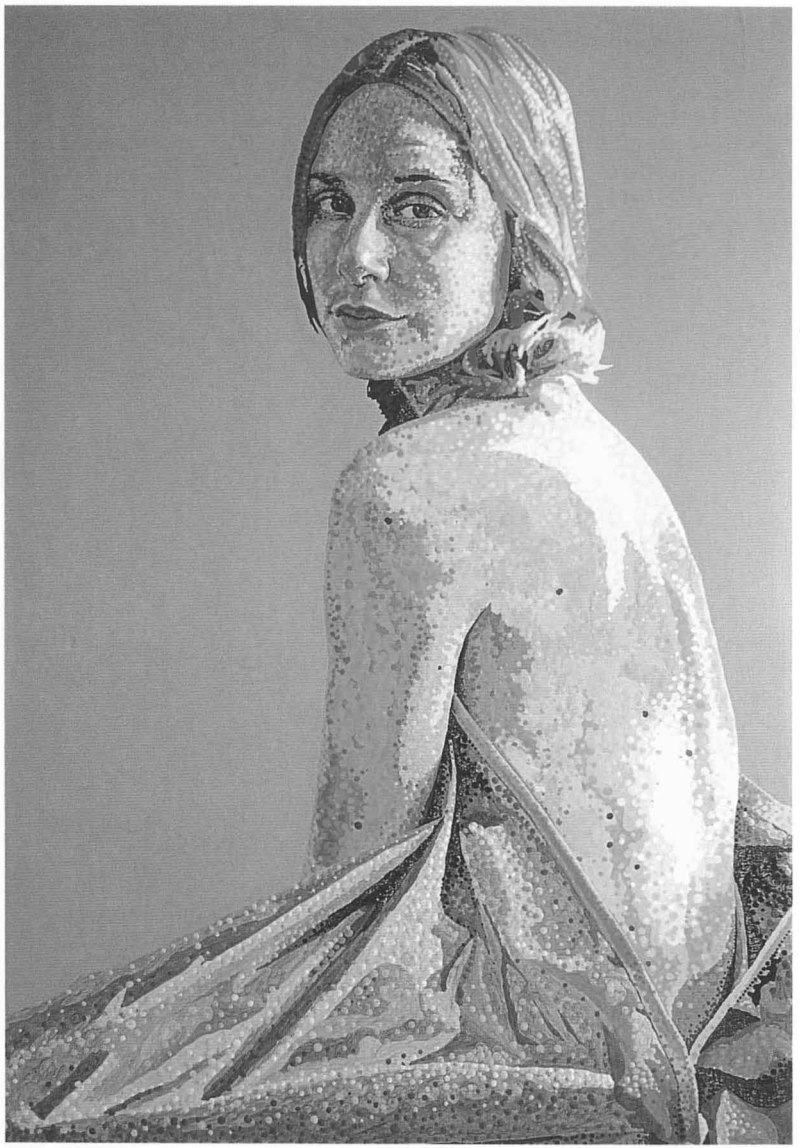
Moho

Paulette Jonguitud Acosta



Fondo Editorial Tierra Adentro

FOTOGRAFÍA: ALONSO HERNÁNDEZ, 2009

PAULETTE JONGUITUD ACOSTA (ciudad de México, 1978). Estudió comunicación en la Universidad Iberoamericana, fotografía en la Escuela Activa de Fotografía y creación literaria en la SOGEM. Fue becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas en el área de narrativa durante los periodos 2007-2008 y 2008-2009. Obtuvo Mención Honorífica en el Premio Juan Rulfo de Primera Novela 2009 por el libro *Moho*. Ha escrito un libro de cuentos, dos libros para niños y actualmente trabaja en una obra de teatro.

Paulette Jonguitud Acosta

MOHO

FONDO EDITORIAL TIERRA ADENTRO 420

Mención Honorífica en el Premio Nacional Juan Rulfo a primera novela 2009.
Este libro se escribió con el apoyo de la Fundación para las Letras Mexicanas.

Programa Cultural Tierra Adentro
Fondo Editorial

Primera edición, 2010
© Paulette Jonguitud Acosta
© Mauricio Limón por ilustración de portada

D. R. © 2010, de la presente edición:
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Dirección de Publicaciones
Av. Paseo de la Reforma 175, Col. Cuauhtémoc,
CP 06500, México D. F.

ISBN 978-607-455-432-8 CNCA

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/ Dirección de Publicaciones

Impreso y hecho en México

Índice

11 Uno
14 Dos
16 Tres
18 Cuatro
22 Cinco
27 Seis
28 Siete
29 Ocho
30 Nueve
32 Diez
34 Once
40 Doce
46 Trece
48 Catorce
50 Quince
52 Dieciséis
55 Diecisiete
59 Dieciocho
62 Diecinueve
63 Veinte
69 Veintiuno
70 Veintidós
72 Veintitrés
74 Veinticuatro
77 Veinticinco
78 Veintiséis
84 Veintisiete

A mi madre

Uno

La rabia aún se me enredaba en el estómago. "No perdonar", repetía cada amanecer como oración matutina para no pensar en Felipe, en su atrevimiento de enredarse con mi sobrina, la que lleva mi nombre, la otra Constanza.

—Ocho semanas son muy poco, mamá, es natural que te sientas sola —había dicho mi hija Agustina el día anterior.

—No me siento sola, es la casa que de pronto tiene eco.

El cielo fundido con el límite de la barda, con las hojas, con las construcciones vecinas. Apenas se anunciaba la solidez que llega con el ataque del sol. Ahí, desenfocada, podía ser joven, tener la carne firme, imaginar que la casa estaba llena de familiares de paso, que mis hijos, Leonel y Agustina, seguían siendo niños y dormían aún en sus camas.

En otro tiempo la casa estuvo siempre llena, pero ahora era un caparazón exhausto, inquieto también por la llegada del día, la vacuidad impuesta por la luz, silencio apenas roto por los ladridos de los perros, únicos tripulantes que no saltaron del barco.

En la oscuridad todo es uniforme, seguro. Después quién sabe. Después sale el sol, sube el ruido de la ciudad, las sombras se limitan a copiar formas ajenas.

La negrura comenzaba a cuartearse. Con la luz llega, progresiva, la realidad. Era el inicio de un día de falsa calma, o al menos eso pensaba yo; veinticuatro horas en que la casa permanecería dormida para después abrir sus puertas a un ejército de trabajadores, carpa, mesas, pista de baile: la boda de Agustina.

Y luego, la familia.

Cuando el cielo es naranja, los colores invaden cada objeto, un poco trastornados; las cortinas se iluminan y el pasto hace eco del brillo del cielo. No me gusta ver amanecer. Me despedí de la penumbra como quien se aleja de un refugio para internarse en la lluvia.

Entré al baño y me desnudé frente al espejo; no hallé en mi imagen a la mujer joven que siempre imagino al pensar en mí. Examiné mi cuerpo, audición personal que reprobaba día tras día. Cascada de adjetivos: pies grandes, tobillos sombreados por las várices, muslos y cadera anchos, vientre vasto, senos amedrentados.

Un ligero cosquilleo en la ingle me hizo bajar la mirada y descubrí una mancha verde, medio oculta entre el vello. Parecía un lunar, bordes irregulares, afelpado al tacto. Raspé con los dedos aquella superficie cubierta por un polvillo gris. No hubo cambio, la mancha incluso se veía más grande.

Entré en la regadera, bajo el chorro de agua hirviendo; tallé, froté, arañé, la mancha no cedió. Volví frente al espejo y me vacié encima cuanto producto de limpieza pude hallar. Nada. Luego ataqué con la lima metálica de un cortaúñas, pero la piel se irritó sin que la mancha cediera. La punta de la lima me hizo un pequeño corte. Sangre con fondo verde.

Sujeté contra la herida un algodón empapado en alcohol. No me gustan las sorpresas, y como la última había terminado con la expulsión de mi esposo, no estaba muy abierta a novedades.

Apenas medio año antes había realizado el vestuario para una puesta en escena de *Macbeth*; locos, nos llamaron, sacrílegos; yo me reí, taché de idiotas a las actrices que se negaron a interpretar a Lady Macbeth; pero ahí, en el baño, pensé en todos esos malos augurios y por un momento casi creí que la maldición me había alcanzado.

Sal, maldita mancha, sal.

Cuando el ardor desapareció, retiré el algodón; el lunar verde se extendió hacia la pierna: cobraba solidez, se ensanchaba. Lo examiné con cuidado: oscuro al centro, oliváceo, se aclaraba hacia los bordes. Separé un poco la piel donde me hice el corte y vi que el verdor descendía dentro de la carne.

No llores. La mancha era cada vez más extensa y crecía frente a mis ojos, desarrollaba filamentos blancuzcos, como diente de león. Moví un poco la pierna y ondearon los pelitos; volátiles en la punta, firmes en la raíz, parecían un sembradío en miniatura. Me mojé el dedo con la lengua y lo pasé por la mancha, luego lo lamí: el lunar tenía una superficie como de harina, tersa, y era insípido.

Yo aún olía a una mezcla de jabón, alcohol y crema desmaquillante, pero la voz de mi madre resonó en el baño: *¿Cómo puedes andar tan sucia?* Mi madre de antes, la que no era viuda, la incapaz de planchar una camisa, la que sólo sabía hacer tortillas de harina y carne mechada; esa madre que deambulaba por la casa sumida en una especie de ensueño del que sólo salía para decir: "Límpiate esos zapatos, arréglate las trenzas".

Cuando aún vivía mi padre, mamá no se ocupaba de nada. Nunca preguntaba si los niños habíamos comido, si hacíamos la tarea. Nada. Había gente para eso. *¿Cómo puedes andar tan sucia?* No me gusta recordar a esa madre sentada frente al espejo cepillándose el cabello o empolvándose la cara y sin preocuparse siquiera por preguntar si sus nueve hijos estaban ya en casa. La prefiero como la encontré después del funeral: corpórea; la ensoñación había dejado paso a un aire de funcionalidad teñido de vergüenza por no haber sabido hacerse cargo de la herencia de mi padre, dinero que pronto perdió en malas inversiones. Siempre he hecho un esfuerzo por no ver en ella fracaso, sino a los hijos eficaces que colgaban de su pecho como medallas al valor; las hijas útiles, entrenadas para no repetir sus errores.

Uy, madre, si me vieras ahora.

Dos

A MI PADRE LE DIO UNA EMBOLIA cuando yo tenía nueve años. Vivíamos en Chihuahua, en una casa que se me antojaba enorme, aunque sólo tenía un piso. Mi hermano Tavo y yo, los más chicos de siete, nos convertimos pronto en un estorbo, muebles en desuso. Él era un niño pequeño, flaco, con el cabello siempre parado en la coronilla y los dientes frontales demasiado salidos. Creo que sólo yo lo quería; al menos yo era quien me ocupaba de preguntarle: "¿Comiste?", a lo que él contestaba siempre: "No", y me lo llevaba a la cocina a comer burritos de frijoles.

De mi padre tengo muchos recuerdos, pero de uno, del más importante, no estoy muy segura: escucho pasos fuera de mi recámara —los pasos de mi papá—, abro la puerta y lo veo pasar frente a mí, los ojos hundidos, una mano sobre el pecho, el sombrero ladeado. Al pensar en el día en que le dio la segunda embolia, esa imagen me viene a la cabeza, un recuerdo dudoso.

Cuando papá empeoró, cuando ya sólo podía recordar una estrofa de una canción, cuando no reconocía sus propias manos y despertaba asustado por el sonido de su aliento, mi madre me dijo: "Irás a una nueva escuela".

Yo estaba contenta: uniforme, zapatos y hasta calzones nuevos. La escuela estaba en una antigua hacienda y me encantaron sus muros gruesos, sus árboles cargados de membrillos. Aquel primer día pasó volando, pero el día se transformó en tarde y la tarde en noche, y nadie vino a recogerme. Pasé dos años en el internado.

Nunca supe quién hizo mi equipaje para ir ahí; quién bordó mi nombre en la ropa nueva; quién olvidó incluir en el velís el muñequito ese que llevaba chupón; ¿quién le había avisado a Tavo que ya no jugaríamos a la alberca en la tina de baño, ni a contar cuentos a través de la manguera del jardín? No supe quién olvido empacar mi juego de trastes grabado. Ningún muñeco, ningún libro de cuentos, ninguna cajita de recuerdo; todo se quedó en mi casa. Sólo me llevé el miedo.

Cuando estaba ya contenta en el internado, a traición, una religiosa me sacó de clase, me montó en un auto y dos horas después me hallé, forrada en negro, haciendo fila junto a mis seis hermanos frente al ataúd de mi padre. "¿Quién está en esa caja?", preguntó Tavo. No contesté; tal vez yo tampoco lo tenía muy claro.

Mi madre cogió a sus hijos más chicos, mi hermana Loul, Tavo y yo, y nos fuimos país abajo tras perder la casa, la fábrica, Chihuahua. El traqueteo de mi primer viaje en tren me supo amargo. Llegamos al De Efe; multifamiliar sin membrillos, sin jardín, sin che silbada.

Tres

El escozor en la ingle aumentaba y la mancha seguía ahí. Deslicé la mirada por la pared del baño, la regadera, la cortina, los tubos del retrete donde se acumulaban gotas que luego caían al piso, sobre una coloración oscura. Se me fue el aire por un instante y me dejé caer junto a aquella mancha en los azulejos. Era una réplica exacta del intruso que me crecía en la pierna. Comparé, frenética, las dos marcas: piso, ingle; no había duda, desde el suelo me confrontaba el mismo verde, la misma vegetación: mancha gemela.

Moho.

¿Era posible? No, te estás volviendo loca. Luego me di asco por pensarlo siquiera. No, loca no. Furiosa, envenenada de odio. Eso debía ser. La rabia saludable, fortalecedora. A fin de cuentas, este cochinero entre Felipe y Constanza tiene que afectarme, ¿no? Debía ser eso, el imbécil enamorado de Ágahta, la joven; el hombre que le canta por teléfono a su sobrina, le escribe poemas, sueña con llevarla a cenar. Ridículo.

Siempre quise un hombre como mi padre, al menos como lo recordaba: grande, voz gruesa, vello en el dorso de las manos. Felipe no se parecía en nada y, bueno, no voy a negar que durante años, más de los que me atrevo a contar, le reproché no llenar los imposibles zapatos de mi padre. Luego: los llené yo.

Casi sin pensar pegué la cara al piso y lamí el moho: misma sensación, aterciopelado, sin sabor.

Mierda.

Debería, al menos, llamar al homeópata. Pero más se me antojaba acostarme en el piso y gritar: "Cómo se atreven, en mi casa". ¿Por quién lloraba, por ella o por él? Hasta entonces las heridas parecían dolerle a otra persona, no a mí, nunca a mí. Me enfermaba que alguien pudiera tenerme lástima: "Pobre Constanza, ¿supiste lo que le hicieron?".

Pero era necesario trazar un plan de acción, no iba a quedarme todo el día encerrada en el baño, con la boda de Agustina pendiendo sobre mi cabeza. Veinticuatro horas para reconstruirme, ni un minuto más.

Primero: saber cuanto pudiera sobre el intruso invasor. Moho. Conocer el nombre era al menos una posibilidad, un punto de partida.

Desnuda, salí del baño. El sol ya había incendiado todos los rincones de la casa.

Cuatro

Llovía cuando me enteré de lo de Felipe y mi sobrina. ¿Llovía? Recuerdo el golpe del agua sobre las tejas de mi casa, pero no sé, tal vez sea un toque de nostalgia que agrego al recuerdo; me gusta la lluvia y me gusta más la idea de que me acompañara en un momento tan descarnado. Entonces: llovía.

Eran más de las diez de la noche. Entré al comedor en silencio, suponía que todos estaban en la planta alta. Hallé a Felipe y Constanza sentados a la mesa, las cabezas tan juntas como para contarse un secreto, una botella de vino frente a ellos. No necesité ver mucho más, bastaron esos segundos para darme cuenta: era yo quien sobraba. Los muebles parecían notar mi presencia, avergonzados; escuché el crujir de la mesa y casi vi las ganas de las sillas de volcarse hacia un lado; la superficie de las copas —mis copas— se encogía al contacto con aquellos labios.

Cuando al fin Felipe levantó la vista, estuvo claro para todos: la cosa se sabía. No es necesario encontrar a dos personas en la cama, basta con tener el cuidado de observar cómo deslizan el dedo sobre el borde del vaso como si fuese el nacimiento de los pechos, cómo recorren el cuello de la botella entre índice y pulgar. Y aunque algo se rompía, no hubo gritos ni llanto, nadie se mesó los cabellos ni miró al cielo con la boca contorsionada, no se rompieron platos y nadie arrastró sus maletas hasta la puerta.

Susurré un "disculpen" y subí al baño. Constanza me siguió. Intenté pensar en ella como en la pequeña a quien crié: nariz redonda, rizos desordenados. Sin embargo, no

pude encontrarla en la mujer que tenía frente a mí: treinta y ocho años, blusa verde con escote del que asomaban los grandes pechos, rizos teñidos del mismo rojo que mi cabello. Sonreía. ¿Se reía de mí?

¿Cuándo creciste tanto, Constanza?

Tuve que admitirlo: Felipe no era un enfermo y Constanza no era una niñita despistada. Lástima. Me hubiera gustado escucharla llorar: "Abusó de mí, me forzó, mira los moretones en mis muñecas". Entonces yo podría haber salido del baño para explotar en la cara de Felipe, para hacerlo confesar y luego decirle: "Eres un cerdo". Pero no era. Ella había abierto las puertas y eso me decía ahí, en silencio: "Te gané y ni cuenta te diste".

Mierda.

Nos desmaquillamos sin hablar; los ojos se desdibujaron, las bocas palidecieron, las ojeras recobraron profundidad. Ya expuestas, no pudimos prolongar el silencio. Habló ella primero, contó que Felipe la había recogido en el aeropuerto y, en agradecimiento, ella había cocinado para él.

—Me dijo muchas cosas de ti —continuó—, quejas y quejas.

Con el pretexto de entrar en la regadera, comenzó a desnudarse. Yo: callada para elegir muy bien cada palabra y no volver a ser tomada por sorpresa. Se quitó el sostén, sus senos pesados cayeron unos centímetros sobre el vientre. ¿Se estaba moviendo muy despacio? La recuerdo casi en cámara lenta. Sentí que ella habitaba hasta el último rincón de su cuerpo, ningún espacio le era ajeno, ni una uña del pie, ni medio talón o el lóbulo de una oreja: todo estaba ocupado, colonizado. Le gustaba su cuerpo y la envidié.

—Ya sabes cómo es —dijo—, me contó que se siente un visitante más de la casa.

Miré los purpúreos pezones, grandes como monedas antiguas, y recordé que aquellos círculos habían amamantado a dos niños. En eso éramos iguales. Pero yo no era una

ingrata que mordía la mano de quien la alimentó, eso debería contar para algo, ¿no? No.

—¿A qué viniste? —pregunté.

Constanza fue casi huérfana. Mi hermana Hortensia la tuvo cuando era muy joven y pronto quedó claro que era incapaz de cuidarla; llevó a la niña a casa de mi madre, donde yo aún vivía. Así era Hortensia, hermosa e irresponsable. Al principio Constanza fue para mí como una hermanita, distracción para las tardes sin escuela. Pasó con nosotras los primeros cinco años de su vida, sin tener muy claro de quién era hija, pero cuando aprendió su nombre y tuvo edad suficiente como para especular, decidió que yo era su madre.

—Me enviaron del trabajo —dijo—. Voy a pasar un rato en la oficina de México; la verdad me cayó bien, hace mucho que no venía a verlos. ¿Me escuchas? —preguntó, al tiempo que se bajaba el pantalón.

Quería mis ojos pegados a ella, se desnudaba para mí, para mostrarme el terreno donde había ganado su mejor batalla.

—Te estaba diciendo que Felipe está muy solo; dice que Agustina apenas le habla, que sólo Leonel lo toma en cuenta. Yo que tú tendría cuidado, no vaya a buscar atención en otro lugar.

Me amenazaba. Se atrevía a amenazarme la mocosa. ¿Con quién crees que hablas?, ¿quién te recogió del piso de tantos bares de mierda?, ¿quién te curó los golpes que te dio aquel cobarde?, ¿quién consiguió la clínica para deshacerte de tu primer engendro? Suerte para él, siempre lo he pensado; con una madre como tú mejor no venir nunca, mejor volver a entrar al sorteo y nacer en otro sitio, distinto, lejos de ti. No dije nada. Qué se le va a hacer, yo aún tenía un poco de orgullo, un poco de soberbia: esto no puede pasarme a mí.

—¿Y tus hijos? —pregunté, para no hablar de Felipe, para no hablar de nada.

—Con su padre. Están bien, pero ya me hacía falta un descanso. Estas tres semanas me van a caer de perlas.

Alcancé a ver en sus manos rastros de cicatrices y recordé un día en que llegué temprano de la escuela y al entrar al departamento donde vivíamos no encontré a Constanza. Revisé en los armarios, tras las cortinas y al fin, bajo la mesa del comedor; al apartar el mantel, la hallé con las manos cubiertas de sangre: una navaja junto a su zapato. "¿Qué estás haciendo?", la saqué a jalones. "Nada", lloró, "estoy jugando".

—Ahora tengo a mi cargo todo el proyecto del desierto de Chihuahua —siguió hablando—. ¿Te dije? Me paso unas buenas dos semanas al mes con arena hasta las rodillas. Y de pasada descanso de todo: hijos, Antonio. ¿Te acuerdas de César, mi novio de la UNAM? Voy a verlo mañana.

Se bajó el calzón y lo recogió con un movimiento del pie. Quedó a la vista su sexo completamente depilado.

La imaginé caminando así por mi casa: sus nalgas reflejadas en la madera pulida de las mesas, sus muslos descansando contra las ventanas, su humedad fresca mojándolo todo.

Cuando iba a cumplir seis años, Constanza volvió con su madre, quien, embarazada de nuevo, había decidido formar una familia: "Como Dios manda", dijo. La niña se fue entre llanto y pataletas: "¿Por qué la dejas que me lleve?", me gritó desde la puerta. Pero el proyecto de familia no duró casi nada y Constanza desarrolló la rabia de quien es huérfano en todos lados. Pasó una borrascosa época junto a Hortensia y sus otros hijos —nunca los llamó hermanos—, hasta que se lanzó cabeza abajo por un tragaluz y su madre tuvo demasiado; con dos brazos enyesados, siete maletas y una sonrisa mal disimulada, volvió conmigo: "De cualquier modo eres como su madre", dijo mi hermana y se fue. Yo me había casado y tenía dos hijos; a Constanza no le gustó la compañía pero tuvo que adaptarse, y al paso de los años creí haberla domesticado.

Cinco

DESNUDA, SUBÍ A MI ESTUDIO, en la última planta, y al abrir la puerta lo primero que vi fue el enorme candil de utilería, fabricado para una representación de *Macbeth*, que colgaba sobre la mesa de trabajo y los estantes cargados con telas, brazos y cabezas de maniquíes, viejos recuerdos de la infancia de mis hijos.

En el estudio había comenzado el asunto entre mi sobrina y mi esposo. Entre mis máquinas de coser, mis bocetos, mis libros.

Cerdos.

Crucé la habitación sin detenerme a ver el vestido de novia de Agustina; faltaban veinte horas para la boda y aún debía colocar dos o tres holanes y trenzar las cintas que caerían por la espalda. No miré los espejos donde acechaba la imagen de Constanza probándose vestidos, levantándose la falda, abriéndose el escote; Felipe al fondo del cuadro, la voz atrapada en dos únicas palabras: "Más corto, más corto".

Ya había caído en esa trampa, ya me había parado a ver esos espejos y a escuchar su historia. Cuando Felipe admitió lo que había pasado, subí a esconderme al estudio, a que se me enfriara el cuerpo, a contener la rabia para no quedarme tumbada como mi padre en una cama y sin poder ni ir al baño sola. Pero una vez en el estudio los espejos se convirtieron en cuadros delatores: vi a mi sobrina contoneándose risueña y al hombre detrás, extasiado. ¿Qué pasó aquí? El reflejo de la joven se rió mientras contaba lo que yo ya sabía: fue a recoger un vestido que le hice para

una fiesta pero quiso medirse otros y Felipe se ofreció a ayudarle a elegir. Estaban solos. Ella se probó varios mientras él la veía sentado entre los maniquíes. "Sentado aquí", dijo el reflejo de Felipe, palmas sudorosas. Y el reflejo de Constanza contó que se subía el vestido y preguntaba: "¿Así o más corto?".

Hoy no. Aún había restos de besos no dados flotando en el aire y caminé a través como si fuese una telaraña, hebras delgadas pegándose a mi rostro.

¿Cómo puedes andar tan sucia? Caminé en puntas, pies descalzos sobre la madera que se me antojaba inmunda, hasta el escritorio donde está la computadora. Me senté frente a la pantalla y le di la espalda a Constanza, quien asomaba desde el espejo, los calzones ya a la vista bajo el vestido en ascenso.

Moho, concéntrate.

Jamás supuse tanta variedad. Leí, comparé, hice anotaciones y dibujos hasta encontrar, tercera vez aquella mañana, la ya íntima vegetación enemiga. La ficha técnica decía: *caldosporium*. Pero, ¿podría aquello crecer sobre la piel?

Busqué un manual dermatológico en línea, lo hallé y comencé a navegar por las fotos.

Nunca imaginé que la piel abrigase tantos horrores: marcas negras derretían los miembros de un anciano; hongos quemaban extremidades, consumían dedos, transformaban el brazo de un hombre en una extensión que sólo pude definir como una rama.

Al poco tiempo de llegar al internado robé un libro. Creía que era *El fabuloso reino animal*, volumen uno; tomo prohibido por mostrar bestias en cópula. En un descuido de la madre bibliotecaria, deslicé el libro bajo mi delantal y corrí hasta el dormitorio donde descubrí que me había equivocado: sujetaba un tomo rojo, con una lechuza en la portada. "El Bosco", decía en letras blancas, bajo los ojos amarillos del ave. ¡No, me traje el de los pájaros! Lo abrí

por la mitad y encontré tres parques distintos en un mismo cuadro. Me perdí en aquellos jardines; creí que era un libro para niños, con tantos dibujos de animales: dos pájaros peleándose por una lagartija, una sirena con pico de pato que leía dentro de un estanque. En la primera ventana había un hombre, ¿Jesús? No importaba, nunca importó. Me dio risa; estaba vestido con una túnica rosa. Vi de reojo la cruz de plata sobre mi cama y supe que, de preguntarles, las monjas dirían: "Nuestro Señor puede vestirse como quiera".

Apretaba los muslos con los ojos en aquellos cuerpos montados en cerdos, o burros; recorrí con cuidado cada desnudo, dedos bajo la falda, hasta llegar a la tercera ventana, el tercer jardín: cielo negro, cuerpos que sugerían pérdida; aquél debía ser el sitio con el que amenazaban a quienes intercambiaban caricias bajo las mantas o robaban el vino de consagración; todavía me acuerdo de un hombre partido por la mitad en cuyo interior habitaban hormigas rojas sentadas a una mesa.

Pensé en ese cuadro al transitar a saltos por el manual dermatológico que hallé en la red, sin seguir un orden, el dedo sobre las flechas de la computadora, el corazón acelerado: exhibición de fenómenos, foto tras foto, piel tras piel. Casi oí la voz de un presentador de circo: pasen a ver a la mujer barbuda, el hombre sauce, el niño renacuajo. Los términos no me decían nada: *ictiosis*, *granulósis*, *erythroderma*. Me aferraba al escritorio para no confundirme entre pieles marchitas en un mar de piernas marcadas por salpullidos purpúreos e infantes envueltos en membranas sanguinolentas.

Me hipnotizó la foto de un pequeño en una incubadora: ojos cerrados por formaciones parecidas al coral. ¿Qué habrá sentido su madre cuando lo expulsó del vientre? ¿Alivio? Pero todas las madres lo sienten; ¿decepción, entonces, porque no estuviese muerto? ¿Habría un poco de eso, también, en todas las madres?

Hallé, luego, a un niño cubierto por escamas; tenía la espalda como si tras sumergirlo en lodo le hubiesen puesto a secar al sol: barro cuarteado con delgadas carreteras de piel sana entre el desierto de costras. Se me helaron las piernas; el engendro me miraba, un duende, una cría de dragón, ojos alargados hacia atrás, cabello a media coronilla, cara cubierta por escamas terrosas. Escamas. Verdes. Como mi mancha, como yo. ¿Su problema habrá iniciado lentamente, como el mío? O tal vez despertó así una mañana, convertido durante el sueño en ¿qué? No es un niño, es otra cosa. ¿Dejaré yo de ser mujer? ¿Se me descompondrá el cuerpo? ¿Se me caerá algo?

Ni una maldita respuesta, sólo moho, *caldosporium*, verde. Me daba miedo girar y encontrarme con Constanza en plena burla desde el espejo; el niño dragón me miraba desde su inhumanidad, desde su asco, desde quién sabe dónde. Imaginé mi retrato junto al del monstruo: pasen a ver al endriago que algún día fue mujer. ¿Qué seré luego?, ¿un basilisco? Sonó la risa especular de Constanza.

El niño me daba la bienvenida al bestiario. No me veas. ¿Qué habría pasado con él? ¿Estaría vivo? ¿Encerrado en un laboratorio? , ¿o en un circo? El niño-duende, el niño-cocodrilo, el niño-dragón.

La mujer-¿qué?

Muévete, cierra la foto, sal de esa página, apaga el monitor. El cuerpo me desobedecía bajo la mirada del cocodrilo. Cerré los ojos, pero el duende ya estaba dentro, entre mis párpados; se quedaría ahí, me dijo, para acompañarme; su voz viscosa se me resbalaba sobre el reverso de la piel.

Fuera.

El cocodrilo descubrió la mancha y brincó, contento.

"Somos dos", dijo, sabía que no era el único.

No somos dos, no somos nada. Yo no soy nada contigo.

Abrí los ojos para volver a verlo en la pantalla; mejor así, espeluznante pero lejano. Vete, niño lagartija, vete,

cocodrilo. Lo mío no son escamas, ni ojos amarillos, ni compasión.

Vomité en el suelo. El moho me llegaba ya hasta la pantorrilla.

Vamos, muévete. Y me moví y saltó mi mano y cerró la fotografía y reaccionaron mis piernas y me dejé llevar hasta el espejo más grande, donde con un manotazo hice a un lado el reflejo de Constanza para mirarme, para comprobar que tenía la piel del color de la piel, los ojos como siempre los había tenido, que era humana.

Pero el cocodrilodragónserpiente se arrastraba dentro de mi cabeza: somos, somos. Y aunque mi cara era la de siempre, tenía la ingle enmohecida, se me pudría el sexo como restos marchitos, durazno viejo.

Seis

No me gusta que me toquen. A ella sí. A ella le gusta que la recorran con los ojos, con los dedos, incluso con la lengua. En cambio a mí, cuando un hombre me toca, el cuerpo se me hace de sal: amargo y duro; casi siento los cristales apelmazados, la sal mezclada con saliva en una pasta amarga; me desmorono con cada empujón, imagino los granos desperdigarse entre las sábanas. Con el paso del tiempo la pérdida de cristales será visible y un día tendré un hoyo en el brazo o en la base de la espalda, agujero evidencia de cristales perdidos; seré como la Victoria de Samotracia: sin brazos, sin cabeza, ¿con alas?

En la cama se me va el tiempo en lamentar el sabor salado de mi piel; me alejo hacia adentro, oculta de las manos que me queman las nalgas, de los labios que se deslizan por mi espalda como un enorme molusco.

Conozco el deseo, claro, me consume como a cualquiera, me asusta como a cualquiera. No; ella debe crecer en la cama, debe ser abierta y húmeda, sin el temblor, sin la mirada fría, sin el reguero de cristales amargos. En su cama baila y se dobla en dos o en tres o en cinco. ¿Yo? Me muevo con cuidado, para no romperme en pedazos.

Mi piel se encoge al contacto con otros dedos que irradian un cosquilleo caliente y amarillo —siempre es amarillo— que se extiende coloreando la sal, dejando así huella de su paso sobre mí. Y está la recriminación, mi voz: ¿qué te pasa?, cierra los ojos, contesta los besos, abre bien las piernas y gime, no te cubras los senos con la mano, empuja la cadera hacia el frente, no busques granos de sal, no te estás desmembrando. Ahora susurra. Haz algo.

Siete

Quería lastimarla. ¿Por qué no era ella quien se pudría? ¿Por qué aún se burlaba desde el espejo? Ya no estás aquí, Constanza, entiéndelo. No entendía. Tomé un cenicero del estante y lo lancé contra el reflejo de Constanza. Era un cenicero hecho de plastilina que ella me había regalado muchos años antes, un día de las madres. El cenicero rebotó contra el espejo y vino a parar junto a mi pie; el verde me llegaba hasta el tobillo. Más de tres horas perdidas.

Constanza siguió mirándome desde el espejo. Le dije que iría a su casa a contarle a su hijo de siete años que el hombre a quien llamaba papá no era su padre: "Eres hijo de un fulano que dejó a tu madre cuado la supo embarazada". Luego seguí hablando con el reflejo: "Voy a llamar a tu hija y ya juntos los dos les voy a contar que tuvieron un hermanito mayor a quien un médico succionó con una manguera en su segundo mes de gestación, ¿lo han visto?, a veces se aparece por mi casa. Su madre es una puta y una malagradecida, ¿entienden?, un perro que muerde a su dueño, un hijo que apuñala a su padre por la espalda".

Risas, fue lo único que obtuve del reflejo. La mancha creció y bajó por el pie como una sanguijuela henchida de sangre.

Ocho

Afuera está oscuro; hablo con la grabadora pegada a la boca, a la luz de una lámpara que he cubierto con un trapo de cocina.

—Hablas raro —dice mi hija—, como muy seria.

Será que las confesiones son siempre un poco solemnes y un poco falsas.

Al hablar se me aclara la mente y eso es bueno. Quizá se me aclare también el cuerpo. Y es que cuando una está sumida en una crisis, no consigue ver hacia dónde camina, es andar bajo la lluvia luchando contra el viento para impedir que se lleve el paraguas, único refugio, por temporal que sea, por frágil.

Mi paraguas era el odio; peleaba por mantenerlo asido para evitar que una ráfaga me lo arrebatase. Lo malo es que una rara vez nota que de bajar el paraguas podría ver hacia dónde va, podría saber que la lluvia no duele: refresca; el agua no ataca: limpia.

Nueve

Diecisiete horas para la boda de Agustina y el moho me cubría ya toda la pierna. El cosquilleo había desaparecido; ahora la zona verde se me antojaba más ligera que cuando era carne limpia, como si pudiese atravesarla con la mano, aunque era perfectamente sólida. Pellizqué uno de los bultitos blancos que crecían sobre el verde: no me dolió. Con un zarpazo lo arranqué y lo sujeté entre mis dedos: esponjoso, suave. Me lo comí. Miré hacia abajo: en el sitio donde había arrancado aquel bultito habían crecido tres más.

Soy un monstruo.

Quería hablar con alguien, pero ¿cómo comunicarme con la gente? ¿Debería plantear enigmas, como esfinge? ¿Lanzar dardos con mi cola de mantícora? La verdad, estaba avergonzada, ¿de qué?, quién sabe; pero la boda de Agustina se acercaba y yo no había resuelto nada.

Recogí del piso la plastilina del viejo cenicero que me había regalado Constanza e hice con ella una bola en la que marqué dos ojos cerrados, con la punta de un lápiz dibujé las pestañas delgadísimas, luego hice una nariz redonda y unos labios gruesos. Era la cabeza de un feto, el niño extirpado, la vida que Constanza y yo habíamos decidido interrumpir: Rafael.

Nunca creí sentirme culpable por su expulsión; Constanza tenía dieciocho años cuando quedó embarazada y no estaba lista para ser madre. César, el padre, era un pobre diablo a quien Constanza conoció en la facultad de biología, calzaba tenis dos tallas más grandes para disfrazar lo pequeño que era su pie y fumaba Delicados porque lo hacían parecer más hombre. Desapareció en cuanto se supo futuro padre. Constanza y yo no dudamos: "Esto que me crece en la panza tiene que irse". Pero nunca se fue del todo. A veces el fantasma del feto me espiaba por la casa; también podía verlo acurrucado en un sillón, entre las almohadas de la cama de Agustina o bajo las mantas donde dormían los perros. No sé si alguien más lo vio, pero lo dudo.

No sé cuándo comencé a llamarlo Rafael.

—¿Dónde andas Rafael? ¿Quisieras hablar un rato? ¿Rafael? No me escucha, ha de estar dormido.

El reflejo de Constanza al fin me dio la espalda, en silencio.

Me llevé la cabeza hecha con plastilina al oído, como una concha de mar. Escuché un rumor de olas, el líquido amniótico lamiendo la playa de la piel del feto, olas que se internan en sus rincones, caricia primera, y ajustan sus mareas al bamboleo del mundo que es la madre; oí también el correr de la sangre a presión por las venas que surcan su bóveda celeste, negra y roja y traslúcida. Y de pronto un sonido nuevo: vacío que chupa el aire y las olas del mar, succión en remolinos; baja la marea: se acaba el agua y la sangre y el mundo.

Con la cabeza de plastilina apretada en un puño murmuré: "Vamos, pues", y fui a buscarlo.

Diez

Una casa vacía es un sepulcro. Lo malo: darse cuenta que la tumba lleva nuestro nombre, el mío, el de ella.

Al bajar las escaleras de mi casa me colaba en un lugar abandonado por la plaga; pueblo deshabitado, puertas abiertas que ya no resguardan nada porque no quedan manos que sujeten, bocas que coman; nadie.

Un hogar cuyos habitantes habían muerto tiempo atrás, presas de una horrible enfermedad: carne carcomida, ojos secos, dientes expuestos. Casi veía mis pies posarse entre los restos descartados de vida cotidiana: un pañuelo bordado, una cuchara torcida; objetos que exhiben nuestra existencia, inútiles por sí mismos, ridículos.

No me hubiese extrañado encontrar un bulto de harapos que sólo pudieran ser restos humanos, lecho para larvas de mosca. ¿Me hallarían así mis hijos?

Mi casa, una población donde las mecedoras vacías oscilan con el aire, las cortinas son inútiles porque en lo obsceno de la peste no queda privacidad, los espejos no reflejan a nadie y ya ni hay gatos maullando en la noche.

¿Era yo la plaga? Mujer de piel verde y alas negras, hoz entre las manos y cola de dragón que se sacude de un lado a otro barriendo a su paso a todos los residentes del pueblo: cuerpos rotos en los umbrales, madres que intentan proteger a sus hijos tras brazos inútiles, viejos derrumbados contra las paredes, buitres sobrevolando el futuro festín.

¿La aniquilación era por mi causa? Era yo quien presentaba las marcas del horror, sólo me faltaban las cuencas oculares vacías y la cola larga.

¿Quién era el monstruo?
¿Quién la bestia?
¿Quién la infección?
Incluso había cobrado ya mi primera víctima.
No, no, no.
Rafael había sido un caso distinto.

Once

OJALÁ SE MUERA, pensé la noche en que el idiota de Felipe me contó lo que tenía con Constanza, o lo que el viejo imaginaba tener. ¿Por qué no puede morirse?

Estábamos en la sala, cada uno en un sillón, la mesita de centro como barrera de seguridad. Dos días después de hallarlo cenando con Constanza. Sobre la mesa una botella de tequila; yo mantenía su vaso lleno, desesperada por un poco de ventaja.

Felipe se pasaba la mano por el cabello gris y bebía sin tregua. Me daban asco sus manos nudosas, los ojos siempre de víctima. Pero basta; de él voy a hablar sólo lo indispensable. No voy a decir dónde lo conocí, si me gustaba o no, no voy a describir su piel, ni su ropa, ni si lo quise o no. En este recuento va a ser poco más que una sombra, una sombra idiota, una sombra que deja un mal olor tras de sí, pero una sombra a fin de cuentas.

Entonces: estábamos en la sala del primer piso, al final del pasillo, desde donde se ven las puertas de todas las recámaras. Y él sabía que yo me preparaba para atacarlo.

—Constanza me contó todo —mentí.

—Todo ¿qué?

—Todo.

No se sobresaltó, no le temblaron las manos ni se ahogó con el tequila, sólo abrió mucho los ojos, esos ojos negros que ahora parecían los de una vaca en el matadero.

—No es cierto.

Su voz sonó tan cansada que casi me provocó lástima, pero luego pensé: "qué gusto, qué ganas de verlo retorcerse".

—¿Qué no es cierto?

—Nada, nada es cierto.

Un diálogo de sordos, no teníamos de qué hablar, cumplíamos un requisito: sentarnos en la salita del pasillo, el mismo lugar donde evaluamos en qué escuela inscribiríamos a los niños, cuál sería el significado de que Leonel quisiera dormir en las casitas de los perros, cómo hacer entender a Agustina que debía dejar de rayar las paredes de su cuarto. Las conversaciones serias, íntimas, las teníamos siempre ahí, y ahí fuimos a sentarnos, a vernos a la cara, a sentirnos avergonzados e idiotas y a soltar preguntas, acusaciones, dardos, por no saber hacer otra cosa.

—¿La quieres?

—¿La quiero?

Hablábamos en círculos. Por momentos él se empecinaba en negar cualquier relación con Constanza para luego mostrarme las canciones que le escribía; contarme su encuentro en el estudio, los vestidos, los espejos; confesar sus sueños de hospedarse juntos en un hotel en Reforma y tomarla por la espalda, contra la ventana, la ciudad a sus pies, nosotros a sus pies; decirme que ella le respondía, besos a la distancia, sonrisas; contarme que le había pedido se tiñera el cabello de rojo, como el mío, y ella lo hizo; aceptar que era viejo, pero sentirse libre, deseado.

—¿Sabes hace cuánto no me sentía vivo?

Y yo, hace cuánto no lo veía vivo. Me dieron ganas de acabar con ese último aliento suyo y busqué con los ojos un objeto suficientemente duro para partirle la cabeza... ¡Por favor!, si no me atrevía ni a golpearle con el puño.

—¿Por qué lo hizo?

—Porque no eres su madre, porque tienes otros hijos.

—Y tú, ¿por qué?

—Por lastimarte, también. Los dos, por joder.

No decíamos nada pero no dejábamos de hablar. Felipe bebía un vaso tras otro. Casi le digo: "Déjalo, ya fue mucho", pero no lo hice.

—¿Te acuerdas cuando llegó? Cuánto te quejaste: "Tenemos bastante con los dos niños, los nuestros, ¿por qué tienes que criar también a tu sobrina? ¿No tiene madre?".

—Sí, me acuerdo.

—Cuántas peleas, cuántos gritos.

—Cuántos problemas.

—¿Y qué pasó? ¿Crees que ahora es muy diferente? No, Felipe, es la misma adolescente enredada, pero con quince años más, es la misma que a los diecisiete pasaba toda la noche fuera de casa, sin avisar y sin importarle los regaños, los castigos; es la misma niña caprichosa, berrinchuda, la misma que siempre trataste de mandar de vuelta con su madre. "Demasiados problemas para la familia", decías. ¿Te acuerdas cuando le quemó el pelo a Leonel mientras dormía?

—Ésas son cosas de niños.

—No. *Éstas* son cosas de niños.

—¿Tú crees que lo hizo por joder? —preguntó.

—Eso dijiste hace un rato.

—Pero por joderte a ti. ¿Crees que lo hizo por joderme a mí?

—Por jodernos a todos. Pero no sé, tampoco es que Constanza piense mucho lo que hace.

—Le dije que contigo yo ya lo había echado todo a perder, pero que con ella, bueno, una nueva oportunidad. Ya sabes.

—Nueva mujer, mismo nombre.

—Suena enfermo —dijo.

—Enfermo, sí.

Ir y venir durante horas. La rabia, el odio, como en canción ranchera, todo se fue diluyendo en el tequila. Los dos hablando como si aquello no nos estuviera pasando a nosotros. Me enseñó libros en los que no había más que fórmu-

las, gráficas, esquemas, todos con anotaciones de Constanza que él interpretaba como mensajes: generación interna de calor, fuerzas de cuerpo gravitacionales, cálculo de pérdidas por fricción. Nos reímos.

—Parezco adolescente —dijo, triste.

—Pareces.

Poco a poco el alcohol se apoderó de su cuerpo y tras un par de horas Felipe no pudo más que cerrar los ojos, sumido en ese dolor sin llanto, inexpresable.

Cómo llegamos a esto, pensé, cómo lo permití.

Entonces ladraron los perros: Leonel llegó a la casa.

De Leonel he hablado muy poco. Lo sé. No quisiera enredarlo mucho en este asunto. Como todas las madres, lo sigo viendo pequeño: el bebé de la casa, tápenle los ojos para que no vea la parte fea de la película. Agustina lo cuida igual. Pero es ya un hombre de veintisiete años, alto, con la barba cerrada y los brazos gruesos, un hombre que todavía cena medio litro de leche con chocolate y que se pasa los fines de semana viendo en la tele *Los Caballeros del Zodiaco*. "Es la serie completa, mamá", dice.

Leonel entró a la casa.

—¿Mamá? —gritó desde abajo.

Lo que quedaba de Felipe se arrastró hasta el baño de la recámara, para que su hijo no lo viera así, derrotado. Leonel subió, largo, flaco, seguido por los dos perros, dos enormes mastines grises que siempre parecen estar pegados a sus talones.

—Ve a ver a tu padre; no se siente bien.

Lo halló tirado sobre los azulejos del baño.

—Bebió de más —dije.

—¿Cuánto?

Leonel reacciona siempre con temor y luego, para calmarse, se sumerge en un frenesí de actividad, de soluciones, de reclamos, hasta que el miedo se le olvida o se le acaba, no sé.

—Mucho.

—¿Y tú lo dejaste?

—Yo se lo di.

Sostuve su mirada de largo reproche y casi oí su cerebro ponerse en marcha, buscar salidas, planes. Eso le heredé a mi hijo, decir siempre: "Yo lo resuelvo". El ver a Felipe ahí tumbado hizo que me volviera el odio, el desprecio, el cómo te atreves.

Con mucho trabajo, Leonel sujetó a Felipe por las axilas y lo metió en la regadera. El viejo era un bulto que emitía quejidos; estaba medio inconsciente y a pesar del agua fría tardó en volver en sí.

—Papá, tienes que vomitar.

—¿En la tina? Va a ensuciar todo —dije.

—Papá, ¿me oyes? Ven, ponte en cuclillas. Ayúdame, madre.

—No.

Leonel consiguió que su padre se inclinara hacia delante y le rodeó la cintura con los brazos. Oprimió. Nada. Luego le abrió la boca y metió dos dedos hasta la garganta. Un chorro de vómito escurrió por la barbilla del viejo.

—Bien, papá, sigue. Sácalo todo.

El vómito se revolvió con el agua y fue a pegarse en el traje de Felipe, en la corbata, en los calcetines de rombos. Los perros intentaron lamer lo que había salpicado hasta el piso, pero Leonel los apartó de un empujón.

—Fue demasiado alcohol —dijo.

Felipe temblaba bajo el agua.

—¿Y si se muere? —dije—, ¿y si le da una congestión?, ¿o pulmonía? Que se muera, Dios, que le dé pulmonía.

—Cállate, mamá.

Continué la plegaria en silencio.

Felipe pasó un buen rato bajo el agua; Leonel le limpiaba los restos de vómito del traje.

—Papá, no te duermas.

Vi a mi hijo traer a su padre de vuelta, a pesar de mis oraciones, a pesar de las ganas que tenía el viejo de morirse.

No sé si fue la juventud o la suerte, quizá la piedad, pero Leonel consiguió que Felipe saliera por su propio pie de la tina, aunque fuese sólo para dejarse caer sobre el tapete. Los perros se acomodaron uno a cada lado, como para darle calor. A jalones, Leonel le quitó el traje; desnudo estaba aún más indefenso. Volví a odiarlo: ¿de qué te quejas tú?, sé un hombre, ponte en pie.

—Vamos a tu cama —Leonel lo secaba con una toalla.

—Él aquí no tiene cama.

—Aquí estoy bien —balbuceó Felipe.

Leonel bajó a la cocina.

—Te lo encargo —dijo—, no le hagas nada.

Y volvió con una jarra de café. Cubrió a su padre con una bata y le obligó a beber varios tragos. Pasó el resto de la noche junto a él, en el tapete, con los perros, hablando de cualquier cosa y repitiendo:

—No te duermas, papá, no te duermas.

Doce

RAFAEL, ¿ME ESCUCHAS?

Busqué en las recámaras. No estaba en las cobijas de Agustina ni en los zapatos de Leonel. Mis pasos sobre el piso de madera eran el único signo de vida. Rafael, llamaba, no muy segura de querer una respuesta. No sé lo que esperaba, tal vez sólo compañía.

Dieciséis horas para la boda de Agustina.

Rafael podía estar en cualquier parte; no es difícil esconderse cuando se mide un palmo, pero me extrañaba su ausencia pues siempre parecía querer ser visto: en el estuche de los cubiertos de plata, en el baúl de los manteles.

En la salita del primer piso moví libros y adornos con la mezcla de temor y asco con que se busca una cucaracha para matarla. Llamé y llamé sin respuesta. Por fortuna. ¿Qué habría hecho de gritar su nombre y oír una vocecita contestar: "Estoy aquí"? Tal vez me hubieran encontrado mis hijos tirada en la alfombra, el cabello blanco y la boca rígida en un último gesto de pánico.

Si no me apresuraba iban a hallarme consumida por el moho, ¿era eso muy diferente?

Cuando acabé de revisar los escondites habituales, reparé en el estuche de la guitarra de Felipe, obsceno ahí en mi casa, como un cadáver desnudo abandonado en la calle. Le dije que se llevara sus cosas, ¿por qué dejó precisamente eso?

Es que siempre odié la guitarra y odié más al hombre en que se transformaba al montarse en ella, una aberración;

me parecía un gato en celo, el lomo arqueado, la cola tiesa, casi frotándose contra las piernas de quien lo mirara.

Claro que exagero, hombre, qué se le va a hacer; en otro tiempo me gustaban los dos: la guitarra y él. Hace más de tres décadas: siete años mayor que yo, Mustang rojo, ingeniero con oficina en el centro de la ciudad desde donde se oían las campanas de la catedral. Me gustaban su piel morena y su barba y cabello negrísimos, sus ojos árabes con profundas ojeras violáceas; me gustaba su fuerza, el ímpetu al caminar, como si quisiera dejar sus huellas bien marcadas en el asfalto.

La guitarra viajaba en el asiento trasero del Mustang y de vez en cuando una de sus cuerdas emitía una queja; Felipe tocaba entonces el estuche con la punta de los dedos, como para asegurarle: todo está bien, fue sólo un bache.

Es difícil recordarlo así, como hablar de otra persona; será la convivencia que transforma todo en ruido de fondo, papel tapiz en el que nadie repara. En aquel tiempo, las canciones que tocaba y escribía eran para mí. Luego fueron para otra, y otra, hasta alcanzar a Constanza, la joven.

La guitarra estaba ahí, recargada en el sofá, como si aún tuviese un lugar en mi casa. Mientras lo observaba, el estuche se agitó. Pensé haberlo imaginado pero volvió a moverse. Me acerqué despacio. Se sacudió de nuevo. Con un dedo lo toqué y luego lo empujé hasta que cayó; las cuerdas sonaron como un reclamo.

Cállate.

Volvieron a sonar.

Que te calles, guitarra de mierda.

Sonaron de nuevo.

Esto es ridículo. Y sin darme tiempo para pensar, abrí los broches metálicos: el instrumento permaneció inmóvil. Bien, si Felipe te dejó aquí yo voy a encargarme de que no te encuentre en una pieza. Lo tomé por el cuello para sa-

carlo del estuche y cuando la luz entró en la roseta alcancé a ver en el oscuro interior un breve brillo madreperla.

Rafael.

Se me heló la espalda. Recordé que al pequeño le gustaba acurrucarse en el hueco de la guitarra, quizá por la penumbra o la manera como rebotaba el sonido en las paredes de madera. Puse el instrumento en el sofá y me senté a su lado.

Ven. El feto no hizo nada. Menos mal, nunca lo había tocado y no estaba segura de que fuera sólido.

¿En verdad quería que saliera? ¿Quería verlo avanzar hacia mí, su cabeza asomando entre las cuerdas, su nariz redonda olfateando mi aliento?

Sal, chiquito, sal.

Bueno, ya llegué hasta aquí, ¿qué puede pasar? Estiré la mano y lo tomé.

Se retorció al contacto. Entre temblores lo sostuve en la palma: tenía el peso de una manzana e irradiaba cierto calor reconfortante. "Este cuerpo murió hace veinte años", pensé. Sentí que había cruzado una frontera terrible que iba a dificultar mi regreso de quién sabe dónde.

Hola, Rafael.

Pasé un dedo por su espalda curva y tembló. Luego movió brazos y piernas como un insecto boca arriba. Sentí húmedas las mejillas y hasta entonces noté que lloraba.

Y al fin perdí el control; lo supe por la inmovilidad: no tuve ideas, no hubo un plan a seguir, no dije yo lo resuelvo. Nada. Miedo puro y blanco, incandescente, que ciega y duele. No temía al cuerpecito entre mis manos, temía por mí, por ser capaz de verlo, por sujetarlo y sentir su peso, por las ganas de aplastarlo entre los dedos.

Dos pataditas en el pulgar me trajeron de vuelta; ¿de dónde?, no lo sé, pero ya iba camino a alguna parte, de eso no tengo duda. Temblaba y pensé que quería calor. Lo puse sobre mi pierna enmohecida; al entrar en contacto con el

feto, el moho creció veloz, fertilizado; al mismo tiempo aumentó de grosor, como si quisiera arroparlo, y de pronto la mancha me pareció menos sucia, menos corrupta.

Dejé al feto sobre el sofá. Sin Felipe en la casa no había razón para seguir teniendo la guitarra.

La tomé por el cuello y la sacudí, luego la levanté sobre mi cabeza y la azoté contra el piso. Esperaba que volaran pedazos por todos lados, pero apenas se le formaron unas cuantas grietas en la base. Volví a golpearla; ahora sí, la madera reventó en astillas y el instrumento se quejó por última vez. Se partió en dos y las cuerdas se crisparon; seguí golpeando hasta que sólo sujetaba el clavijero.

No más canciones. Para nadie.

¿Cómo deshacerme del estuche? Lo levanté, y de un pliegue interior cayó un block amarillo escrito con la letra de Felipe.

"Enero 24.
Se levantó temprano: cabello suelto y mojado.
Salió al jardín y se sentó junto al árbol. ¿A jugar con los perros o a que la viera yo?
Con dolor me fui a trabajar.

Marzo 14.
Otra vez nos visita. Me marea, me porto como idiota.
Habla de sus hijos, de su esposo. Mis hijos la escuchan, mi esposa hace preguntas.
Habla para ellos, pero se mueve para mí.

Abril 8.
No he podido dormir.
Sospecho que Constanza lo sabe.
Agustina me habla cada vez menos.

Julio 25.
Dejó entreabierta la puerta de su cuarto.
No me atreví a entrar.
Abajo: toda la familia.
Soy un cobarde.

Agosto 27.
Vino a la ciudad a trabajar.
La llamé, tardaron en comunicarme: sólo para saber cómo estás. Colgué.
Me sentí un idiota, un viejo idiota.

Noviembre 23.
Di varias vueltas antes de entrar a su oficina: dígale que vino su tío.
Bajó.
Te traje comida.
Gracias, qué lindo. Me dio un beso en la mejilla y se fue.
Me quedé en la recepción sin saber qué hacer.
No me gustó cómo me vio la secretaria.

Navidad.
Se arreglaba en su cuarto. Asomó la cabeza y me llamó en silencio. Fui.
¿Te gusta?
Le canté: It's late in the evening, she's wondering what clothes to wear. She puts on her make up, and brushes her long, long hair. And then she asks me, do I look alright? And I say yes, you look wonderful tonight.
Subió Leonel, espero no haya escuchado.
Me apresuré a bajar las escaleras.
Guardo su sonrisa."

Pobre viejo, también se burlaron de ti.

Tomé el cuello del feto entre índice y pulgar, abrí la boca y metí su cabeza entre mis labios; sentí los dientes rozar su espalda. Mordí, y cuando esperaba escuchar su cráneo romperse como cáscara de huevo, mis dientes se hundieron en plastilina.

¿Y Rafael?

La risa me surgió de algún sitio entre el estómago y el pecho. Me estremecí al intentar tomar aire, y cuando al fin los pulmones consiguieron llenarse, se me salió un chillido seguido por una carcajada que se me desbordó entre los dientes.

Trece

Del aborto de Constanza guardo muchos recuerdos: su mano sudorosa entre las mías; mi respiración agitada; las advertencias del doctor: "ahora sentirá frío, voy a introducir el espejo, esto dolerá un poco, voy a limpiar, respire profundo, puje".

Me hice la fuerte para no asustarla más, pero sola, por las noches, el miedo llegaba, vengativo.

Sueño.

Comienza con un grito; es Leonel: mamá, los perros. Estoy en un jardín enorme y sobre el pasto hay perros cortados por la mitad. Camino entre ellos, son más de veinte. Me acerco a la parte superior de un mastín: tiene los ojos abiertos y aún tiembla. Me mira con su ojo verde y me da frío ver el corte limpio que lo partió en dos. No sangra. Está a medio camino hacia la muerte pero mueve las patas que le quedan, las frontales, para tocarme el pie. Reconozco su dolor, el mío. En silencio me pide ayuda, aunque ambos sabemos que no hay nada por hacer.

Al fin muere y yo sigo andando; las mitades de perro se agitan agónicas e intento acompañarles en su momento final, pero ¡son tantos! ¿Qué pasó? Leonel está sentado sobre la tierra, las piernas cruzadas, la cabeza entre las manos. "Constanza, mamá, Constanza cortó el pasto y mató a los perros". A todos.

Despierto.

Soñaba también con ir caminando por la calle de mi casa en Chihuahua y encontrar la cabeza de una mujer, sujeta apenas por un nervio a un hombro y luego a un brazo;

el resto del cuerpo diseminado por la calle, pero cortado a lo largo: la parte superior de una pierna, los dedos, medio tobillo, media pantorrilla. La mujer era yo, y al acercarme me decía algo, no sé qué.

Una muerte en la familia es siempre devastadora, pero con Rafael hicimos como si nada hubiera pasado; al salir de la clínica, Constanza y yo nos metimos al cine, para no tener que mirarnos. Tal vez hubiera sido mejor reconocer: el niño ha muerto, cubrirnos la cara con ceniza y llorar.

Huimos.

Constanza no volvió a hablar de él. Yo debí extrañarme por su silencio, pero ¿cómo diferenciarlo del mío?

Catorce

Fui al cuarto de Agustina, a acostarme en su cama, para calmarme, para llorar.

Cuando Constanza llegó a vivir con nosotros, Agustina no quiso compartir recámara con ella. "Prefiero estar sola", dijo, y se pasó a la habitación que hacía de invernadero, al fondo del pasillo. Me pareció buena idea. Pusimos su cama en medio de las plantas. Con los años restirador, libreros y pinturas llegaron a compartir espacio con las plantas. Le gustaba dibujar así, con la luz que entraba por el techo de vidrio y el ventanal. Siempre había tierra en los libreros, siempre había tinta en las flores.

Agustina tiene varios estantes ocupados por cuadernos. Yo los había visto pero nunca había abierto uno, hasta entonces. Tomé uno al azar y lo hojeé. Al principio me incomodó un poco. Conozco el trabajo de mi hija, sus ilustraciones para libros infantiles. Pero los dibujos en esos cuadernos eran muy diferentes: trazos en tinta china y carboncillo, todos con una frase. Un río ancho y profundo con una poderosa corriente; tres hombres están montados en zancos en mitad del agua, visten túnicas y turbantes; en un rincón, Agustina flota sobre una hoja blanca. Al calce una frase: *Ha comenzado la destrucción de las orugas.* En otra página: un campo con pasto y arbustos secos, al fondo una cabaña en muy mal estado; frente a ésta, un hombre joven, el cuerpo quemado, la piel una pasta seca que comienza a desprenderse. Agustina, en primer plano, sujeta una manguera de la que escurre agua negra. La frase: *De cualquier modo es un esfuerzo inútil, pero le reconforta verme intentándolo.*

Más adelante: un puesto de comida callejera. El cuerpo de un cerdo cuelga sobre el mostrador. Constanza sujeta entre los brazos un trozo de carne del tamaño de un bebé, el muñón tiene rostro de cerdo y está abierto en canal. La frase: *Comenzó así la procesión de los equivocados.* Un auto en una calle cubierta de nieve, dentro de él, Agustina y Leonel. Constanza de pie, junto al auto. Frente a ellos, un hombre ensangrentado que carga dos niños muertos, flácidos como muñecos de trapo, intenta cruzar la calle, seguido por una mujer. Al calce la frase: *Tengo que llevar esta familia al otro lado de la calle.*

Desconocía a esta hija oscura. De Agustina no quiero hablar. A veces pienso en ella como si fuera un apéndice mío, pero cuando hallo facetas suyas que no conozco me da la impresión de que algo no está bien, como si de pronto no pudiera comunicarme con mi barbilla, con mis dedos. Basta.

Me senté en el piso, entre las plantas. Olía mucho a humedad; la pierna enmohecida despedía ese olor pegajoso a sótano oscuro, a armario encerrado, a descuido.

Vi entonces que el moho se extendía más allá de mis dedos, que formaba filamentos gruesos, largos, como agujas de pino. El dedo pequeño era ya una ramita.

Quince

AGUSTINA SE MUEVE a mi alrededor. A veces escucha lo que grabo. Quiero decirle: Espera a que termine, a fin de cuentas, esto es para ti.

Escucha estas últimas palabras, va a la sala, a servirse otro trago. Para mí, ella nunca tiene edad fija: a veces es una niña diminuta; otras, una mujer joven. Hoy es adulta, pequeña pero fuerte, tan parecida a mí y tan distinta, un retrato trabajado por un mal pintor, con errores evidentes: piel oscura, labios gruesos. Y los ojos de su padre, originarios de otro tiempo, otro continente, uno donde las mujeres llevan velo y resaltan la fuerza de su mirada delineándola con *kohol*, ojos acostumbrados a ver desiertos, colores encendidos, guerras.

De Agustina prefiero no hablar.

Mis hijos crecieron en una casa llena de visitas. Agustina preguntaba: "¿Por qué todos llegan y se van y yo me quedo?". Leonel todo el día en el jardín, pateando la pelota contra la pared, bañando a los perros, durmiendo con ellos en alguna de las casitas. Tíos, sobrinos, amigos, muchos refugiados tras rompimientos familiares, peleas, bancarrotas. Yo, cuando no estaba en el estudio trabajando, pasaba el tiempo llenando el refrigerador, la alacena, revisando que hubiera sábanas limpias.

Agustina aprendió pronto a no apegarse a los huéspedes; decía: "Un día la que se va a ir soy yo y ustedes tendrán que extrañarme". Quizá en esos tiempos surgió su eterna desconfianza, la idea de que toda felicidad puede esfumarse en cualquier momento, la convicción de que la gente a quien quiere siempre termina por marcharse.

Ojalá duerma un poco. Con el día que le espera.

Una noche me halló sentada bajo el árbol, bebiendo vino, sola. "¿Qué hizo ahora?", preguntó. "Constanza", respondí. Se tambaleó, se sentó a mi lado y nos quedamos ahí, en silencio, un largo rato.

Vuelve. No quiere apresurarme, pero no sabe qué hacer. Evita mirarme, yo trato de no pensar en qué verán sus ojos. Hace ya un buen rato no me paro frente al espejo.

De Agustina prefiero no hablar.

Dieciséis

Criaturas extrañas somos todos. La belleza está en la diferencia. ¿Quién establece los parámetros de lo hermoso? Hasta el cansancio había escuchado, y repetido, estas y muchas frases semejantes, como si fueran parte de un paquete de valores que se entregara a los padres al nacer su primer hijo.

No hay que engañarse. La defensa a la diferencia es tramposa. Muchos hemos contado los dedos de nuestros hijos al nacer y hemos suspirado con alivio: la cría es humana. Algo muy dentro nos dice: hay excepciones, no todos los hijos son de la misma especie, hay cruces, mezclas, sorpresas.

Pero, ¿quién va a aceptar haber dado a luz un duende?

En otro tiempo, las madres elevaban sus plegarias a los dioses familiares para solicitar un cachorro humano. Muchos híbridos se desmembraron contra los dientes de un despeñadero; otros respiraron su primer aliento para, segundos después, exhalar el último sofocados bajo unas mantas.

¿Qué se haría, entonces, con un niño cubierto de escamas, con una pequeña con el sexto dedo de las brujas? Con suerte se diría: enfermedades, anomalías, infecciones.

Sentada entre las plantas, en la recámara de Agustina, trece horas antes de su boda, miraba mi pierna verde, el pie con su ramita, y pensaba: esto no es del todo asqueroso. Si no se le comparaba con un cuerpo humano, podría incluso ser algo bello, yo qué sé: un tronco abandonado junto a un lago, una raíz gruesa de árbol viejo. Eran ya muchos los

bultitos blancos que sobresalían del verde, vegetación sobre vegetación.

Y aunque fuera parte de un cuerpo, del mío, se habían visto cosas peores, por la tierra había caminado todo tipo de criaturas; quizá el moho no era tan malo; si había personas alérgicas a la luz, yo podría arreglármelas con un miembro enmohecido. O dos.

Recordé las fotos del manual dermatológico. ¿Y si no eran registro de enfermedades? El niño-serpiente asomó a mi cabeza y con él la imagen de un pie sobre el cual crecía una gruesa capa de cristales blancuzcos, parecidos a un acantilado rocoso. ¿Podrían anidar ahí albatros en miniatura? ¿Y por qué no?

Somos, siseé junto con el niño-cocodrilo. Cada uno de esos cuerpos era una creación diferente, cada llaga semejante a una sanguijuela, cada mancha con forma de nube o de hongo, todo eso podía ser un viaje, un cambio, una evolución.

Constelaciones de lunares rojos, una niña con la espalda cubierta por manchas de leopardo, una mujer con el rostro derretido, un joven con burbujas de piel en todo el cuerpo, arena de playa en las axilas; todo señal de algo, un salto adelante o atrás, tal vez reminiscencia de criaturas desaparecidas; ¿no podría ser el niño-dragón lejano sucesor de una *banshee* o un *leprechaun*?

El moho no tenía que ser una prisión. Podría ser una salida.

Me quedé dormida en la recámara de Agustina y cuando me di cuenta ya tenía las dos piernas verdes, dos hermosos troncos enmohecidos con brotes de agujas de pino en cada dedo; la luz rebotaba en mi vegetación, en los bultitos blancos que despedían destellos, piernas caleidoscopio. Dos grandiosas piernas verdes, orgánicas, majestuosas.

Parecían independientes, como si quisieran moverse solas, sin torso, ¿sin mí? Las imaginé bailando sobre un es-

cenario, abriéndose en compás para luego girar en molinete y dejarse caer sobre las tablas del suelo; me sentía orgullosa, como si las hubiese fabricado yo.

No podía dejar de tocarlas, quizá porque sin hacerlo no las sentía con facilidad, como si de la cintura para abajo el cuerpo se me adormeciera, sin cosquilleo, sin dolor, pura ausencia. Las supe indómitas, capaces de saltar entre las piedras, de nadar contra corriente en aguas heladas; porque mi moho es térmico, los filamentos cerrados se humedecen pero filtran el aire, el agua, el dolor; piernas precámbricas, ejemplares de las primeras formas de vida, aún indecisas entre ser animal o planta, llenas de posibilidades.

Era ya medio monstruo, media mujer, un demonio o un dios, quizá una criatura fantástica.

Y me gustaba.

Diecisiete

Noté que no podía mover el pie derecho cuando intenté bajar las escaleras. Quería comer algo pero antes de descender me detuve a mirar las fotos que cuelgan en el cubo de la escalinata. ¿Por qué en tantas casas se cuelgan las fotos familiares en el cubo de la escalera? Quizá por ser un espacio indefinido, porque no es baño ni cocina, porque nadie quiere los rostros de tíos y sobrinos mirándole la cara, o la espalda, mientras duerme.

Desde la cima vi el retrato de mi abuela Loreto, enmarcado en un rectángulo de cobre, abajo, sobre el primer escalón. Quise bajar a prisa y tropecé; mi pie derecho se había convertido en peso muerto. Como pude, me agarré al barandal. Intenté incorporarme, pero volví a perder el equilibrio. Colgada de la baranda, jalé hacia mí la pierna derecha —minutos antes, ligera, casi sutil— y sentí el pie pesado, de mármol verde. Probé a mover los dedos, ya no eran ramitas independientes, sino un conglomerado de agujas blancas, ligeras, con la punta negra, un enorme diente de león. ¿Mis dedos? No podía moverlos y apenas se adivinaban bajo aquella vegetación blanca, casi marina. ¿Cómo era tan pesado algo que parecía frágil? Lo toqué: era más frío que mis manos, que mi vientre. Arranqué un filamento: brotó una baba blanca, espesa.

Mi abuela Loreto me miraba desde su retrato.

Mierda, abuela ¿qué nos pasó?

Mi abuela Loreto era una mujer pequeñita como Agustina, que tenía dos obsesiones: su cabeza y su mano izquierda.

Lo de la cabeza es comprensible; desde joven sufría ataques de migraña que le impedían moverse y la dejaban convertida en un almohadón gigante y quejoso; la recuerdo también con la mano crispada sobre un lado del rostro y los ojos como los de los pescados en la sartén, negros, vacíos. No hagan ruido que mamá Loreto está en cama; no enciendan la radio porque a mamá Loreto le duele la cabeza; no griten, no toquen el piano; esta noche cenaremos con velas porque a mamá Loreto le molesta la luz.

El asunto de la mano es menos claro; mi abuela pasó sus últimos años preocupada por un descubrimiento que ella calificaba de espeluznante: tenía muy corta la línea de la vida. A cualquiera dispuesto a escuchar, mamá Loreto le soltaba: "Mire, ¿ve esta línea de aquí, cerca del pulgar?, es la de la vida y dice cuántos años va uno a estar por acá; pero la mía avanza hasta la mitad y se corta, ¿ve?, zaz, se corta así, de repente, eso quiere decir que voy a morir joven".

Yo miraba su rostro arrugado, las canas, las pecas en el dorso de la mano. ¿Joven? Una vez le dije: "Abuela, joven ya no se murió", y la misma mano trágica se vino a estrellar contra mi rostro y casi se quedó marcada en mi mejilla, trunca línea de la vida y todo.

Las noches en que Loreto no tenía jaqueca se sentaba junto a la lámpara de la sala a dibujar en un cuaderno donde trazaba la palma de su mano, midiendo cada línea con compás y regla de madera; pasaba horas inmersa en sus cálculos; como un alquimista extendía sobre la mesa sus instrumentos, los limpiaba con la falda. Mis hermanos se reían, pero para mí ese ritual era un misterio: sólo cuando se entregaba a sus mediciones, el cabello se le escapaba del moño; sólo entonces se quitaba los zapatos de tacón alto y se abría el botón del cuello del vestido; sólo por las noches, bajo la luz de su lámpara, mi abuela abandonaba su aire alucinado y sus ojos de pez lo eran menos, tenían un destello de determinación que me encantaba.

Oculta tras la silla de Loreto, miraba mis manos mientras la escuchaba: "Cambian, crecen, se alargan, tienen siempre un mensaje distinto, debe haber un mensaje distinto, cada noche, ¿por qué no puedo hallarlo?". Ni su palma ni la mía cambiaban mucho; la terca línea de mi abuela insistía en suspenderse a mitad de camino.

Lo curioso es que Loreto nada sabía de quiromancia, aquello era una obsesión que le llegó de pronto. Mi madre echó de la casa a la cocinera por pensar que era ella quien inducía esos pensamientos en Loreto y de paso le prohibió a su madre oír la radio: "No se sabe qué de cosas dicen por ahí". Mi padre, en cambio, una noche regaló a Loreto un libro de adivinación que había encargado a su librero en la Ciudad de México. Mi abuela lo miró, desconcertada: "¿Qué quiere que haga con eso?". "Es para sus cálculos, doña Loreto, para que se documente". Mi abuela le dio la espalda: "Sé todo lo que necesito, gracias". Pero no sabía nada, su método lo había inventado ella: las abluciones en leche de cabra, las friegas con vinagre de vino tinto y jerez, los guantes de encaje en noche de luna llena.

En una ocasión, mi hermana Hortensia sacó a escondidas el diario de Loreto y borró la línea fatal de las tres últimas páginas; esa noche un grito sacudió la casa, y cuando todos corrimos al encuentro de mi abuela, la hallamos con el cuaderno en las manos y presa de una de sus peores jaquecas; casi no podía ver y el mero sonido de las pantuflas sobre el piso de madera le provocaba arcadas. "Me llegó la hora", decía, "se borró, no hay línea". Un hilo de orina le escurrió por el zapato y yo también me hice pipí en los calzones.

La abuela murió durante mi estancia en el internado y en la casa a nadie se le ocurrió avisarme. Pero yo me había llevado la obsesión de Loreto. Pronto descubrí que junto a la capilla había un pequeño cementerio, y las clases se me iban en pensar si las monjas allí enterradas tendrían la línea

de la vida corta o larga; incluso llegué a escaparme una tarde hasta la tumba más reciente, armada con una cuchara que había robado del refectorio. A fuerza de cucharazos hice un hoyo como de veinte centímetros hasta que una monja me tomó por la trenza y me llevó arrastrando a la oficina de la madre superiora: "Enferma, perversa, diabólica", me llamaron las religiosas. "Vendrá la madre Inés, que Dios la tenga en su gloria, a perturbar tu sueño, a mirarte mientras duermes, a cubrirte la cabeza con la almohada por haberte atrevido a profanar su sepulcro". Nunca vino.

Dieciocho

Una semana antes del moho, un mensaje en la contestadora: "Hola tía, soy Constanza; por favor deja de llamarme, no voy a responder".

Agustina fue la primera en escuchar el mensaje:

—Mamá, te llamó la degenerada.

Reproduje el mensaje varias veces. Tía. Siempre me dijo Constanza, así, directo. Por supuesto, la llamé; marqué una, dos, trece veces, hasta memorizar el número: "Vas a contestarme, ya verás". No lo hizo.

Salí a la calle a buscar un teléfono público. Marqué el número. Contestó.

—Soy Constanza —dije.

Silencio.

—Vas a venir a mi casa y vamos a aclarar esto de una vez.

—Lo siento, tengo trabajo.

—Te espero.

—No, tía, saldré tarde.

—No importa.

—Y después iré a un bar con César.

—Cuando termines, vienes.

—No.

—Sí. Voy a esperarte. Y no voy a llamar más. Me avisas cuando vengas para acá, sea la hora que sea.

—Está bien.

Pasé la tarde trabajando en el vestido de novia de Agustina; pegué lentejuelas, sujeté los arillos del corsé, cosí algunos holanes de la falda. Cuando sonó el teléfono eran las dos de la mañana.

—Soy yo. ¿Todavía quieres que vaya?

—Sí.

Poco tiempo después bajé a abrirle; llevaba botas sobre un pantalón de mezclilla, chamarra de piel, cabello revuelto. Se veía muy bonita. Cuando se acercó a darme un beso noté que olía mucho a alcohol. Para darse fuerza. Como yo, que había bebido media botella de vino.

—Vamos al estudio.

—¿Al estudio? —casi se rió.

Subimos.

—Estoy muy cansada —dijo—, ¿podemos hacerlo rápido?

—¿Hacer qué?

—Pues todo este teatro.

—¿Te parece un teatro?

—Basta, tía, ve al grano.

—Empieza tú si tienes tanta prisa.

—Está bien. Tu esposo intentó violarme.

Ahora me da risa tu gesto duro, los puños cerrados, los nudillos blancos. ¿Quién eras? Constanza la huérfana. Constanza la adolescente que susurra al oído de Agustina: "Yo debería ser hija de tu madre, yo sí soy blanca". Constanza la joven que llegaba por Leonel a la escuela con tres horas de retraso: "No llores como niña, ¿eres maricón?".

Dabas risa, Constanza, ahí sentada con gesto amenazante. Y más risa daba yo que me rompía.

—Quiso violarme esa vez que vine por los vestidos —dijo—, me ofreció una cerveza pero le puso algo, creo que tequila. Yo me di cuenta pero me la tomé de todos modos, porque me daba miedo, porque sabía lo que buscaba y pensé: "no vas a derrotarme". Te voy a poner en ridículo. Me dijo: "Vas a ser mi Constanza chiquita".

Se contradecía, se enredaba. Y yo también. Casi le creí. Pero eras tan tonta, Constanza, que la sonrisa se te escapaba entre frase y frase.

—Entonces, ¿por qué volviste? —pregunté.

—¿A dónde?

—A la casa. A donde intentaron abusar de ti. ¿Por qué has regresado todos estos años? ¿Por qué cenas con el enfermo? ¿Por qué tomas vino con el depravado?

—Por ti. Por Leonel. Por Agustina. Porque no quise destruir a la familia, aunque pude, no quise. No quiero lastimarte.

Eso dijiste, Constanza, y luego fingiste llorar.

—Se obsesionó conmigo —seguiste—, es un enfermo.

—Tenías más de treinta años. No eras una niña.

—Se aprovechó de que lo veía como a un padre.

Creías tener todas las respuestas, Constanza. La juventud no te dejaba saber que dentro de una mujer mayor el alma es la misma de siempre; soy la misma que fui cuando tenía veinte, treinta, tu edad. Yo también tuve el dominio de mi cuerpo como sólo puede tenerse después de los treinta, cuando una ya sabe qué hacer con sus impulsos, con el olor, con la boca. Querías medirte conmigo ahora que los gestos se me marcan en la cara. Pero la mente no cede, Constanza, y eso no podías saberlo todavía. Dentro, soy todas las mujeres que he sido, y somos muchas más de las que fuiste tú, somos un ejército.

Eras un espectáculo lamentable, y más lamentable yo que te temía. Los espejos estaban ya cargados con tu imagen indeleble.

Diecinueve

CONSTANZA NUNCA FUE UN BEBÉ, al menos no para mí. No la llevé en mi cuerpo, no tuve sobre ella el poder de todas las madres, que es el de la muerte. Quizá por eso nunca te supe tan débil, Constanza, porque a mi cargo jamás fuiste tan pequeña como para sujetar sobre tu rostro una almohada hasta que dejaras de respirar.

Cuando llegó a mí estaba formada, corría, una bestezuela que se cortaba las manos con una navaja. Contigo no hubo alternativa, Constanza, eras ya muy grande como para jugar con la idea de abandonarte en el carrito del súper, en la banca de un parque.

Tuve que aprender tus signos, tu código. No lo creamos juntas. No te lo impuse. Una cría de jirafa que salta del vientre al suelo y de inmediato se pone en pie. Llegaste ineludible, una muñeca que habla, se mueve, y encierra a Leonel, él sí un bebé, dentro del refrigerador.

Veinte

QUÉ HICIMOS CONTIGO, Constanza, dónde quedaste.

Poco después de la expulsión de Rafael, Constanza empezó a buscar algo con desesperación, sin saber muy bien detrás de qué iba. No la culpo, el dolor se nos pegaba a la piel como polvo fino.

Se interesó por la actuación. He visto que para las jóvenes el teatro es casi mágico, con lo parecido que es un teatro a un templo, las altas bóvedas que magnifican la voz, la penumbra donde puede gestarse desde un roce hasta una puñalada; todo esto es tan atractivo, tan sensual. Qué puedo decir yo, prisionera del teatro por treinta años.

Pero del teatro, del mío, no quiero hablar aquí.

Una noche Constanza anunció que se había unido al grupo teatral de su facultad. Estudiaba biología. Del taller dramático le encantaron los ejercicios, por íntimos, pasar toda la tarde frente a un compañero tocando su rostro, su cuello, dejándose tocar; el tiempo se le hacía corto cuando jugaba a repetir secuencias de palabras, a caminar por el salón como lo haría una mujer embarazada, un mimo, un pato.

Volvía a casa inyectada de energía, feliz de tener un espacio donde estaba bien asumir gestos distintos, modos de hablar, andares ajenos.

Luego vino la traición, Constanza, parecías imán de inconvenientes.

El montaje en que trabajaban era muy ambicioso: *Jaques o La Sumisión*, de Ionesco. Constanza consiguió un papel importante: Robert III, la mujer con tres narices de quien Jaques se enamora y a quien entrega un sombrero

como prenda de compromiso, o al menos eso decía ella; nunca quiso consultarme nada: "No te metas, sabemos lo que hacemos".

Fue tras el ensayo de una escena erótica que Constanza rompió de una vez y para siempre con el teatro. Lástima, toda esa rabia, esa confusión, esa búsqueda de cariño hubiesen generado una actriz monstruosa. Eran cerca de las diez de la noche, habían pasado varias semanas ensayando la misma escena: Constanza cabalgaba sobre la espalda de Jaques; ella vestía un pequeño camisón blanco y él un pantalón de dormir. Estaban cansados, no entendían por qué había que repetir tantas veces esa escena; "Debemos hacerlo horrible", decía Constanza cada noche. El montaje lo dirigía una maestra de literatura dramática que se sentaba en las últimas filas, a oscuras, y decía: "Pásenla de nuevo, desde arriba".

Constanza le había pedido a Agustina que fuera a buscarla y mi hija esperó en la entrada del teatro pero, al ver que nadie salía, se escabulló al interior por la parte trasera del patio de butacas. Sólo el escenario estaba iluminado. Vio a Constanza sudar sobre los hombros de Jaques y casi gritar una historia sobre un pequeño conejo blanco. Luego me contó que Constanza estaba increíble: viva, radiante, fuerte. Agustina avanzó unas cuantas filas hasta descubrir la silueta de la directora; entonces la escuchó gemir, y al asomarse sobre el hombro de la mujer vio que tenía la falda levantada y la mano perdida entre las piernas. Sin una palabra, Agustina salió y esperó a Constanza en el auto.

"No les creo, no te creo, me tienes envidia", gritó Constanza una y otra vez cuando llegaron a la casa y Agustina le contó lo que había visto. Nos lanzaba almohadas, libros, zapatos: "Es mentira, ¿por qué me quieres quitar esto?".

Algo se rompió esa noche entre las dos jóvenes.

Constanza lloró toda la noche, como no lo hizo tras la expulsión de Rafael. Parecía haber concluido un siniestro

paréntesis; era otra vez la noche en que volvimos de la clínica, la noche que debimos pasar en vela, la madrugada en que no le acaricié el cabello ni le dije: "Todo va a estar bien".

No volvió al teatro. Ni siquiera a ver las obras en las que yo había diseñado el vestuario.

Siguió con su búsqueda febril, quizá para recuperar la intimidad perdida, los cuerpos ajenos, los círculos donde se compartían historias y humores. Sobre el teatro no dijo casi nada; cuando amenacé con denunciar a la maestra dijo: "No te atrevas a avergonzarme de ese modo". Obedecí, era su decisión. No sé qué contó a sus compañeros, supongo habrá inventado un pretexto para no volver al montaje.

Desde entonces se sumergió en rituales idiotas en los que parecía hallar consuelo; bailó en las plazas con grupos de jóvenes de torso desnudo y conchas atadas a las piernas; hizo ejercicios de meditación en el Espacio Escultórico de la UNAM; dibujó en el techo, sobre su cama, la pirámide masónica.

Estaba perdida.

Es el dolor, pensaba cada vez que la veía con el cabello revuelto y los ojos extraviados en los restos de yo qué sé qué sustancia, lejos de nosotros, de mí, de esa casa que una mañana la vio salir con un niño en la barriga y por la noche la vio volver hueca.

Era el miedo, Constanza, la ausencia.

Se me ocurrió ofrecer ponerla en contacto con personas serias, verdaderos estudiosos; a mi edad, con mi profesión y habiendo sido joven en plenos sesenta, conocía bien la diferencia entre charlatanería y gente seria, pero Constanza no quiso escuchar: "Ya tuve bastante de tus intervenciones", dijo.

No quería compromisos, prefería probar, y probó de todo: pasaba horas cociéndose en un temascal, desnuda, acompañada exclusivamente de hombres, para entrar en

contacto con su lado masculino; se sentaba al centro de un círculo, rodeada por gente que apenas conocía, y tras comer una hierba con sabor a tierra, se dejaba llevar dentro, muy adentro de sí misma, donde descubría que su alma era de murciélago y tras pararse de manos comenzaba a graznar algo que sonaba a: mamá.

En una ocasión volvió a casa con un ojo tan hinchado que apenas podía abrirlo y con los brazos cubiertos por rasguños.

—Terapia de confrontación —dijo—, no sabes toda la rabia que tenía reprimida.

—¿Qué te pasó en la cara?

—Una de las chicas de la terapia hizo como que era mi madre y me dijo: "Adiós". Entonces yo la golpeé y parece que ella también tenía asuntos pendientes, ya ves cómo me dejó. No pongas esa cara, al final de la sesión nos dimos un abrazo y listo, pudimos ir a tomarnos unas cervezas en paz.

Yo intentaba no reírme de sus palabras, de sus manos pintadas con henna, del aire de superioridad con que andaba por la casa; los hijos son así, medio idiotas, medio tiernos, qué se le va a hacer; aquello se me antojaba una cosa pasajera, como las adolescentes que se tiñen el cabello de negro y pintan las paredes de su cuarto del mismo color.

Era difícil seguirle el paso; eso sí, un día estaba muy comprometida con un grupo de mujeres que se reunían en los Viveros para abrazar árboles y al día siguiente las llamaba burguesas ociosas. Colgaba frente a cada ventana de la casa cristales para evitar la entrada de no sé qué energía y unos meses después se olvidaba del asunto y decía: "No sé cómo puedes creer en los cristales, esta casa lo que necesita es Feng Shui".

Al principio secundábamos sus locuras, todos, menos Agustina, claro; rociábamos nuestras sábanas con esencias de clavo y bergamota y nos vestíamos de amarillo la última noche del mes sólo por complacerla. Su búsqueda se me

antojaba legítima, una inquietud acaso llegada de mi abuela y sus abluciones con leche de cabra; pero pronto me desilusioné: lo que Constanza parecía buscar era superioridad.

Constanza y Agustina se distanciaban cada vez más, si es que alguna vez estuvieron cerca. Una noche, tras una pelea que casi llegó a los golpes, Agustina encontró bajo su cama un tazón con arena en el que descansaba una raíz de jengibre, sospechosamente parecida a una mandrágora: "Tu inquilina ya se deschavetó", me dijo, y tiró el hechizo por la ventana.

Eras tan ingenua, Constanza.

Su obsesión fue en ascenso; poco antes de irse de la casa para hacer un largo viaje por Europa, quiso tatuarse entre los senos una medialuna amarilla, símbolo de no sé qué rango de sacerdocio femenino; pude convencerla de que no lo hiciera, y dos semanas después decía que la intervención sobre la divinidad del cuerpo era una ofensa imperdonable al espíritu superior.

Viajó durante casi un año. En la casa todos nos sentimos un poco aliviados con su ausencia. Europa no le fue suficiente y nos pidió permiso para continuar por Asia; Felipe y yo le depositábamos dinero con regularidad para que estuviera tranquila.

Enviaba postales con frecuencia.

Hawai, 1988.

Estoy lejos, muy lejos, nunca había estado tan lejos de la casa y me siento bien, pensé que me daría miedo pero ya ves que no. Estoy tranquila, el lugar es bonito y me inscribí a unos cursos en la universidad, no sabes cuántas facilidades hay para estudiar aquí. Y ¿sabes?, hoy me mudo a los dormitorios universitarios, conocí a un cuate que va a darme posada y así gasto menos, va a ser toda una gran experiencia que después te contaré. Todo está muy bien, la gente es linda y creo que me entienden. Odio el inglés.

Constanza.

iena, 1988.

Quería saludarte. Es verano pero hace frío. Es 16 de julio y uise decirte: es la primera vez que se te olvida mi cumpleaños. Agustina tampoco se acordó. Leonel sí. Todavía no encuentro un laques que quiera darme su sombrero.

Constanza.

Montreal, 1988.

Ya estoy cerca pero me siento igual de lejos, no se olviden de mí. Montreal es muy europeo. El festival está todo el día y camino por las calles, sola. No se parece nada a gringolandia, la gente es amable y hay una tremenda mezcla de razas. En mis planes está visitar un museo de arte contemporáneo, algo te llevaré de allí. El hotel al que llegué es lo máximo, un cuartito con lavabo y cama, la regadera está al final del corredor. De plano me imagino viviendo aquí o en Europa. Ya hablo francés. Saludos a los hermanos y al tío.

Constanza.

Veintiuno

LLEGUÉ A LA PLANTA BAJA. Un pie inútil. Doce horas para la boda de Agustina. Miré desde abajo los escalones de madera oscura sobre los que habíamos caminado durante décadas; recordé que el cuarto escalón, si se cuenta desde abajo, era el que Leonel todavía llevaba marcado en la frente —casi me muero del susto al verlo caer del triciclo e incrustar la cara contra aquel tablón—; más arriba podía verse la mancha parda donde Agustina derramó el aceite hirviendo que usaba para mezclar no sé qué pintura. Mis piernas ya no servían para subir por ahí, ésos eran escalones para pies, no para erizos blancos.

El piso de arriba era ya inalcanzable. Quizá con una cuerda, o reptando sobre las paredes, podría volver a las recámaras, al estudio. Pero lo veía difícil, mi universo se había cortado en dos: arriba y abajo. De cualquier modo arriba ya no me interesaba nada, ¿qué me haría falta?

Una puerta se cerró de golpe. Me asusté, pero luego sonreí; me gustan esos portazos inexplicables que se escuchan en las casas grandes, el sonido de los pasos en los pasillos vacíos. Es el aire, es la madera que cruje, aprendemos a decir.

Veintidós

Escuché abrirse la puerta del garage. Alguien llega. La pierna me pesaba como un bulto, las agujas blancas se me extendían por la pantorrilla, ondeaban, crecían. Con trabajo llegué hasta la puerta y puse el seguro por dentro justo cuando Agustina introducía la llave en la cerradura. Me vio a través de los vidrios de la puerta.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás encuerada?

—No entres.

No dijo nada. Pero no podía dejarla ahí, era momento de mostrarme, había tenido ya bastante suerte en que un día antes de la boda no hubiera pasado nadie por la casa. Y tal vez no fuera una mala idea estar acompañada. Además, de Rafael, claro.

—Entra por atrás, por el jardín.

No sabía si cubrirme con algo o presentarme así. Tenía que moverme, de la rodilla para abajo mi pierna era ya un arbusto de agujas y, sobre todo, pesaba cada vez más. Arrastré la pierna hasta la cocina, frente a la puerta del jardín. Sentía el corazón golpear, no sé si por el esfuerzo o por los nervios. Agustina estaba a punto de rodear la casa y verme. La cosa comenzaba a ser demasiado real. Me golpeé el pie, o lo que debería ser el pie, contra la pata de una silla y se desprendieron cinco agujas chorreando un líquido blanco; por un momento vi dos de mis dedos, verdes pero humanos, dos de mis uñas, y luego, en un instante, quedaron cubiertos de nuevo por aquella terca vegetación. Bueno, al menos debajo de aquello, estaba completa.

Vi a Agustina acercarse lentamente y detenerse ante la puerta de cristal, sin abrirla, sin cruzarla. Sus ojos parecieron crecer casi ocupándole toda la cara; fue el único indicio de sorpresa; me bebió con la mirada, como a una pintura, como si intentara distinguir la fuerza de las pinceladas.

—Madres —dijo.

Seguimos ahí, una frente a la otra, por un largo rato, no puedo decir cuánto. Ella no entró, yo no salí, ninguna intentó abrir la puerta.

—¿Qué es?

Se dejó caer sobre el escalón que separaba la cocina del jardín. Yo me senté junto a ella, con el cristal de por medio, sobre las baldosas heladas.

—Moho.

—¿Tú lo hiciste?

—Creo que no.

—¿Es falso?

—No.

—¿Te creció en la piel?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Todavía crece.

—¿Duele?

—No, no duele nada.

El sol comenzó al fin su descenso, tornándose anaranjado, moribundo, mientras mi hija recorría con sus ojos mi cuerpo de raíz, de tronco, como si quisiera memorizar cada centímetro. La tarde encendida parecía arrebatar los últimos colores a las plantas que se agitaban despacio.

—¿Es por mi culpa? —preguntó Agustina.

Veintitrés

ANOCHE VOLVÍ A SOÑAR con la niña.

Estoy en Chapultepec; los árboles, los globos, los algodones de azúcar, los niños que corren. Mis hijos juegan entre los arbustos. A mi lado una pareja, creo que estoy con ellos, me hablan; también tienen un niño y una niña. La madre es rubia, el cabello hasta la barbilla, los ojos claros; me acerco a ella y cuando me mira me quedo helada: sé que me amenaza, en silencio.

Leonel juega al beisbol con la hija de la mujer y al blandir el bate la golpea en el ojo derecho; veo el impacto, la carne tierna se arruga, el hueso se parte como cáscara de huevo. El golpe es fatal.

La niña cae al suelo y comienza a convulsionarse, rodeada por otros pequeños, quienes miran con curiosidad la muerte de un igual, algunos sonríen, nadie llora. La niña se agita sobre el suelo en un horrible revoltijo de rizos claros y holanes rojos. Ahora está quieta.

Muerta.

Temo a la madre.

Ocurren luego muchas cosas que no recuerdo.

Vuelvo.

Sigo en el parque y veo a Leonel —debe tener unos diez años—, navega en un barquito de plástico en el lago; me acompaña un hombre, es mi esposo, aunque no es Felipe. Leonel da vueltas y vueltas en el lago; cuando se acerca quiero advertirle de un peligro relacionado con que le están saliendo los dientes, no ha comido y puede quedarse dormido, todo junto así, en una extraña lógica que com-

prendo. Grito pero no me escucha, con cada vuelta se acerca más al centro del lago, se aleja de mí.

Entiendo de pronto que el hermano de la niña muerta está cerca, acecha y quiere matar a mi hijo; busco entre los niños al mío, pero no lo veo, Leonel ya no está en los barquitos.

Junto al lago hay un barandal de herrería; da a un barranco. El hermano de la niña muerta asoma hacia abajo. Me acerco a la carrera, le tomo por el brazo y le pregunto qué ha pasado. Me dice que el perro de mi hijo corrió directo hacia el barranco y Leonel fue tras él. Me asomo y ahí están en el fondo: rotos, sobre la tierra.

"Despierta", digo mientras me desplomo sobre el piso y siento las manos del hermano de la niña muerta intentar sostenerme.

Veinticuatro

La noche del accidente no hice muchas preguntas. Lo importante era actuar. Rápido. Quitarnos de enfrente semejante atrocidad. No pregunté porque no quise: la cosa estaba clara. Las pistas, todas, todavía hoy en mi cabeza.

Llegué a la casa cerca de las ocho; las luces estaban apagadas. Escuché música que salía de la cocina. Llamé, nadie respondió. Alguien habrá olvidado apagar el estéreo. Fui hasta el teléfono y reproduje los mensajes: el primero era de mi madre, una vez más decía tener pruebas de que la señora de la limpieza le robaba las cucharitas del café; el segundo era de Felipe, pasaría esa noche, después de las once, a recoger lo que quedaba de su ropa.

Tenía hambre. El comedor y la cocina iluminados a medias por las luces automáticas del jardín. En la mesa del comedor un desorden de álbumes y fotos. Me acerqué. En muchas de las imágenes salíamos Constanza y yo.

La música seguía sonando desde la cocina; era sencilla, un piano repitiendo dos o tres acordes en acompañamiento al quejido de un violín; parecía una canción de cuna.

Una de las fotos: Constanza y yo, casi nueve años antes, caminando en el desierto de Chihuahua; de espaldas, alejándonos del objetivo, las dos con la mirada en el suelo y los pies enterrados en la arena.

En otra imagen, mucho más antigua: el viejo Mustang de Felipe decorado con globos, moños, mariposas de papel. Sobre el cofre, Constanza, niña, envuelta en un vestido de holanes morados, cabello en dos coletas. Junto a

ella, Felipe, delgado, el pelo aún negro, el grueso bigote sin poder ocultar una sonrisa, en las manos una cámara súper ocho.

Todo un lado de la mesa cubierto por imágenes de Constanza de niña; una sonrisa olvidada, sin reproches, sin ausencias.

La música, esa música, tímida, persistente, llamada en voz baja: ven. Yo quería seguir viendo las fotos, pero la melodía me hizo caminar hasta la cocina.

Al principio no pude ver nada fuera de lo común: las luces del jardín bañaban el pasto y las baldosas de la cocina. Luego vi que la puerta del jardín estaba abierta, me acerqué y entonces las descubrí.

Constanza desplomada sobre el piso, el cuerpo en el pasto, la cabeza sobre el escalón. Agustina sentada a su lado, las piernas encogidas, el cabello sobre el rostro, tarareando la canción que para entonces se me había vuelto insoportable.

—¿A qué juegan? —pero parte de mí comprendía que la mancha en torno a la cabeza de Constanza no era ni su cabello ni el tapete—. ¿Agustina? —murmuré. Estaba rara ahí, encogida como una enana, un gnomo.

Levantó la cara, me vio sin verme, volvía de un lugar añejo. Tres gruesos rasguños en su mejilla. Cuando al fin pudo reconocerme, sonrió.

Quiero olvidar esa sonrisa.

Tuve frío. Mis dos hijas en el piso: una erguida, la otra rota; la música, la mesa del comedor con el peso de las fotos de otro tiempo, otra vida quizá, y a mi espalda la casa oscura.

—No podemos quedarnos aquí, Leonel no tarda en llegar. Y Felipe.

Agustina no me escuchaba. De pronto salí del trance, quería actuar rápido, antes de que la angustia, el dolor o el miedo tomaran control. Esto tiene que quedar entre nosotras.

Quise sacudir a Agustina para hacerla reaccionar, pero para llegar a ella tenía que pasar sobre Constanza y aquello era demasiado. Me quedé donde estaba.

—¿Qué pasó?

Mi hija volvió a sonreír de aquel modo horrible, el cabello enredado, las manos dos garras.

—Discutimos —dijo al fin—, venía bastante trastornada. Tomó algo. ¿Crees que esté bien?

Estaba claro que Constanza no iba a levantarse.

—Discutimos. La empujé. Un accidente. Tomó algo.

Dios mío, qué está pasando. Quise convencerme de que soñaba, de que el jardín volvería a llenarse de perros destazados y oiría la voz de Leonel gritar: "Constanza mató a los perros, a todos".

Rafael estaba acurrucado sobre el pecho de su madre.

Agustina, mi Agustina, en el pasto, canturreaba.

—Despierta, por favor despierta —murmuré.

—Estamos despiertas, mamá. Las tres.

—No, no estamos.

Veinticinco

—Hazte a un lado, voy a entrar.

Nos levantamos. Agustina abrió la puerta de cristal, pasó junto a mí, sin tocarme, sin verme las piernas, las ramas, y fue hasta el refrigerador. No halló más que un trozo de queso y media botella de vino blanco.

—¿Ya no comes?

—No he tenido tiempo.

—Mamá, ¿qué te pasó?

Pensé que no lo preguntaría, pensé que seguiría jugando a ser la dura.

—No lo sé.

—¿Es una enfermedad? ¿Llamaste a un doctor? —apenas podía hablar por las lágrimas.

Me acerqué para abrazarla con miedo a que me rechazara, no quería que me viera arrastrar la pierna; ya me era muy difícil caminar, el otro pie se hacía pesado y de las rodillas hacia abajo no podía adivinarse mi antigua forma humana. Agustina me vio moverme con dificultad, estaba pálida, temí que fuera a desmayarse.

—¿Estás segura que no te duele? —dijo cuando llegué junto a ella.

—Claro. Es sólo que el cuerpo me pesa. Creo que pronto no voy a poder caminar.

Lloró contra mi pecho, niña pequeña, asustada, y al separarnos vi que mi vientre se había enmohecido.

—¿Y mañana? ¿Qué va a pasar con la boda?

—No sé, Agustina, todavía tenemos tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Para algo.

Veintiséis

—AGUSTINA, LEVÁNTATE —dije intentando que mi voz sonara severa—. Tienes que levantarte.

—Que se mueva ella primero —dijo. Con la punta del pie dio un empujoncito a la pierna de Constanza—. Ya oíste, muévete. Creo que tomó algo antes de venir, la vi rara, como con sueño, arrastraba las palabras y no me entendía muy bien; ¿se habrá quedado dormida?, Constanza, muévete. No le hagas caso, mamá, ha de ser uno de sus teatros.

Agustina se incorporó y jaló las dos piernas de Constanza.

—En pie, carajo, estás asustando a mi mamá —dio un fuerte tirón y le sacó el zapato—. ¿Y si se desmayó?

Me daba miedo esa Agustina que acercaba el dorso de la mano a la nariz de Constanza para ver si respiraba. Las dos tenían rasguños en la cara, en los brazos, una larga línea roja recorría el cuello de mi hija desde la oreja hasta el pecho. La blusa de Constanza estaba desgarrada en una manga y entre sus dedos, un mechón de cabello negro.

—¿Y ahora, qué está haciendo? —nos sobresaltó la voz de Leonel, parado en la puerta de la cocina.

—¿Quién? —Felipe gritaba desde el comedor—, ¿por qué tienen todas las luces apagadas? —entró a la cocina.

Alguien gimió por lo bajo. Los cuatro nos quedamos inmóviles.

—Por favor, díganme que se cayó —Leonel sujetaba el brazo de su padre, no sé si para no caerse o para evitar que Felipe huyera.

Nadie habló durante otro rato, segundos, horas, quién sabe.

Felipe fue el primero en volver en sí, le ofreció una mano a Agustina y ésta saltó hacia atrás. Felipe se inclinó entonces sobre Constanza.

—No la toques —escupí.

—No podemos dejarla aquí —dijo.

Entonces entraron los perros y dieron varias vueltas en torno a Constanza; uno de ellos, tímido, comenzó a lamer el charco.

—Fuera —gritó Leonel, y los perros huyeron.

Felipe buscó con los dedos el pulso de Constanza y al no hallarlo clavó los ojos en mi hija. Agustina dejó escapar un gemido ronco.

—No —dijo con voz masculina.

—Hay que quitarla del paso —Felipe habló despacio.

No supe a quién se refería. Despierta, por favor, despierta. Nadie se movió.

Felipe tomó a Constanza por los tobillos, cuidando de hacerlo sobre el pantalón, para no tocarle la piel.

—¿A dónde la llevamos? —pregunté al fin.

—Bajo el árbol.

Sin pensarlo mucho y con la mirada en Agustina, quien gruñía casi al ritmo de la música que aún llegaba desde quién sabe donde, me acerqué a Constanza y la sujeté de las muñecas, con cuidado de no pisar la mancha negra que enmarcaba su cabeza.

—¿Estas seguro? —dije antes de levantarla.

—Claro que no.

Era más pesada de lo que imaginé y tardamos mucho en transportarla; el jardín se me hizo interminable; los rizos rojos de Constanza barrían el pasto y los pisé por accidente, la cabeza cayó hacia atrás, como si me mirara. Rafael seguía acurrucado en el pecho de su madre y me concentré en evitar que se cayera.

—Leonel, la pala —dijo Felipe cuando alcanzamos el árbol y dejamos a Constanza sobre el pasto.

—¿Por qué yo? —preguntó Leonel, muy cerca de su hermana pero sin atreverse a tocarla.

—Trae la pala —dije. No reconocía a mis hijos, ¿quién era ese larguirucho berrinchudo? Y Agustina, ¿qué era Agustina?

Casi con desidia, Leonel sacó la pala de un tambo detrás de las casas de los perros; éstos, al oír el ruido, intentaron acercarse a nosotros, pero otro grito de Leonel los mantuvo a distancia; caminaban de un lado a otro del jardín, desde la barda hasta la puerta de la cocina, los ojos clavados en Constanza; chillaban ansiosos, ¿comprendían?

Felipe tomó la pala y la clavó en el pasto.

—Ahí enterramos al Tomás, ¿no? —dijo Leonel, otra vez al lado de su hermana.

—¿Será muy profunda la raíz? —pregunté.

—Hay al menos metro y medio de tierra hacia abajo, antes de llegar a la piedra —murmuró Felipe y comenzó a cavar.

Avanzó lento, el hoyo tardó mucho en ganar profundidad. Agustina se acercó hasta quedar junto a mí, pero no pude tocarla. En poco tiempo Leonel relevó a su padre; cavó en silencio, su camisa blanca pronto quedó cubierta con manchas de lodo y pasto; cuando el agujero tenía unos cuarenta centímetros, entre la tierra salieron los huesos y el collar de un perro.

—Les dije, este lugar ya está ocupado —murmuró Leonel, y con mucho cuidado juntó los huesos y los envolvió en su chamarra; luego siguió cavando.

Cuando Leonel se cansó, el agujero ya era hondo; salté dentro, me llegaba hasta las nalgas. Las piernas no tardaron en quedarme cubiertas de tierra.

—Ya es suficiente —dijo Felipe en algún momento.

—No, sigan —dijo Agustina.

Felipe tomó mi lugar y ahondó el hoyo un poco más, después Leonel lo sujetó por las manos y lo ayudó a salir.

—¿Cómo la bajamos? —murmuró Felipe.

—Ruédala —dijo Agustina, y al fin se rompió en una risa helada. Leonel se acercó a ella, la rodeó con un brazo y le tapó la boca con la mano.

Felipe y yo, para no escucharla, nos apresuramos a acercar a Constanza al borde de la fosa. Él se dejó caer dentro y con mucho cuidado, casi con cariño, como si manipuláramos el cuerpo de un bebé, la fuimos deslizando hasta dejarla acostada en el fondo. Quise traer un vestido lindo para enterrarla; no lo hice. Felipe le acomodó el cabello en los hombros, dijo algo en voz muy baja y se inclinó a darle un beso en la frente.

Agustina se liberó de su hermano y volvimos a oír sus carcajadas. Leonel fue el único que lloró cuando Felipe echó la primera palada de tierra. Alcancé a ver a Rafael, acurrucado en torno al cuello de su madre, con los párpados cerrados y moviendo brazos y piernas, golpeando su cabeza contra la oreja de Constanza, como un becerro que pide leche.

En el dedo meñique me crecen ya las agujas blancas.

Sentados a la mesa de la cocina, mirábamos los vasos con whisky que Leonel había repartido. Sólo él bebía, iba ya por la tercera copa.

—Es culpa mía —dijo Felipe y tomó la mano de Agustina.

—Claro que es culpa tuya, ¿de quién más iba a ser? —escupió ella y retiró la mano.

—¿A qué vino? —preguntó Felipe y bebió al fin un sorbo de whisky.

—A joder —dijo Agustina.

—Pues le salió bien, ¿no? —Leonel sonrió y dejó escapar dos chorros de líquido ambarino entre los dientes—; estamos todos jodidos, sobre todo Agustina.

—Basta, los dos —le di a Leonel una servilleta y se limpió la cara.

—Ella empezó —dijo.

—No, empezó él —Agustina señaló a su padre con la abeza.

—¿Qué quería? —insistió Felipe.

—¿Qué importa, papá? —Leonel se embriagaba con apidez.

—Hablar conmigo. Decirme: "No puedo creer que no ne inviten a la boda, ésta es mi casa". También dijo: "Tu adre es un degenerado y tu madre le solapa".

—Mejor cállate —Leonel llenó su vaso y el de su padre.

—Él preguntó.

—¿Algo más? —Felipe tomó un cigarro de la cajeti- a que Leonel tenía frente a sí. Llevaba veinte años sin umar.

—Que mi madre la obligó a abortar porque pensaba que l hijo era tuyo.

—¿Dijo eso? —me puse en pie, volcando la silla.

—Como lo oyes. Es una estúpida, o cree que yo lo soy; i yo estaba con ustedes en el baño cuando te pidió ayuda on el embarazo; y escuché en el teléfono cuando el César se le dijo: "No voy a hacerme cargo de ningún chamaco, a er cómo le haces".

—Cállense ya, hablemos de otra cosa —Leonel era cada ez más un niño asustado.

—¿Es todo? —preguntó Felipe.

—¿Qué quieres que te diga, papá, que vino a buscarte, a confesarme que te quería, o a decirme que iba a dejar a u esposo?

—Agustina, cállate de una maldita vez — Leonel cerró os ojos.

—¿Eso quieres, viejo? ¿Consuelo? Pues no hay, para na- ie. Y es todo por tu culpa.

Leonel se levantó y de la chamarra que tenía sobre las iernas cayeron los huesos de perro.

—Mejor nos vamos a dormir —dijo, recogiéndolos.

—No te quiso, papá, se burló de todos, pero más de ti. Y mira cómo estás ahora, cómo estamos. Una lástima.

Leonel golpeó a Agustina en el hombro y ella se puso en pie de un salto.

—Basta —grité, y los dos se quedaron quietos; hasta entonces les cayó encima el peso de la noche.

Los hijos subieron a acostarse; escuché a Leonel preguntarle a Agustina: "¿Podemos dormir contigo?"; luego silbó, los perros corrieron escaleras arriba y los cuatro se encerraron en la habitación de mi hija.

Veintisiete

Me canso. Me caigo mal. Harta de estar conmigo.

Me pesa la cabeza. Esta cabeza que ya no es verde ni amarilla. La grabadora está perdida en la mano, esta mano en la que apenas se distingue el pulgar y de la que asoma la correa de la grabadora como una extraña flor entre la vegetación blancuzca.

No puedo ver con el ojo derecho; una membrana de moho me lo ha sellado y sobre ésta crece la vegetación antes enemiga, ahora solamente inevitable.

¿Para qué hablo? Para erradicar el moho.
Ingenua.

La energía va y viene. Puedo hablar un rato y luego nada. Me distraigo. ¿Mi cerebro tendrá ya filamentos?

La joven frente a mí me mira. Le pido que se acerque.
—¿Cómo te llamas?
Sorpresa, miedo, asco.
—¿Cómo te llamas?
—Agustina, mamá, AGUSTINA.
Asiento y luego: lo he olvidado.
—Agustina.
Bajo la vista.
—¿Cómo?

Rafael abre los ojos. Los dos. Grandes, todo el párpado, y los mueve de izquierda a derecha.

La joven llora. Llora a gritos de una vez, tú que puedes.
no quisiera llorar. No tengo ganas.
Si no he hecho nada, en todo el día.

Espero.

Nadie puede verme.
¿Desaparecí?
Ni a mí ni al moho.

¿Cómo saber que existo si nadie me toca?

Con la luz llega, progresiva, la realidad.

Soy Agustina. Mi madre no puede moverse. Me pidió que la arrastre hasta el árbol y la oculte tras los arbustos.

Abro los ojos: hombres tapan el sol
con un techo de lona.
Sobre el pasto una plancha de madera.

Una joven con mi cara, vestido blanco, me besa

Amanece. Estoy en el jardín, atrás del árbol.

Plantas, todas, se volvieron hacia mí. ¿Cómo puedes andar tan sucia? Me ocultó entre los bambúes y la . El moho se extendió al entrar en contacto con las ramas, con las hojas,
verde sobre verde. Dónde termino yo. Dónde comienza el pasto.
puedo mover los labios. Hablo.

Rafael ha abierto un ojo. No mucho, una rendija. Mueve el ojo.

Rafael. Sé tu nombre. Rafael entre mis piernas.

Música.

Voy y vengo. Sin moverme.
¿Es Constanza quien entra por la puerta?

Moho, de Paulette Jonguitud Acosta,
se terminó de imprimir en el mes de octubre
de 2010, en los talleres de Impresora y
Encuadernadora Progreso, S.A. de C.V. (IEPSA),
San Lorenzo núm. 244, col. Paraje San Juan,
C.P. 09830 Iztapalapa, D.F., con un tiraje de 1 000
ejemplares y estuvo al cuidado del Programa
Cultural Tierra Adentro.